CUADERNOS historia 16

El mundo de los Borgia

Ivan Cloulas



205

175 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: Carlos Bustelo.
DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
COORDINACION: Asunción Doménech.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.°. 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00 - 407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Susana Vázquez.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Sello de Alejandro VI

Indice

EL MUNDO DE LOS BORGIA

Por Ivan Cloulas
Director de los Archivos Nacionales de Francia. París.

Orígenes españoles de los Borgia 4
El primer Papa Borgia: Calixto III 4
Un ambicioso afortunado: el cardenal Rodrigo Borgia 8
La elección de Alejandro VI 14
La península italiana a sangre y fuego 17
La epopeya de César, duque de Valentinois 22
La descendencia del duque asesinado 27
Bibliografía 31
Textos .... I-VIII

El mundo de los Borgia

Ivan Cloulas
Director de los Archivos Nacionales de Francia. París.

LA fortuna de los Borgia se inició en España, en la pequeña ciudad de Játiva.

Conquistada esta ciudad a los moros, tras la toma de Valencia, el rey de Aragón, Jaime I, repartió tierras entre los caballeros que le acompañaban. Entre ellos figuraban Esteban de Borja y ocho parientes suyos, que procedían de un lugar cuyo nombre llevaban como apellido, situado bastante lejos hacia el norte, en los límites del valle del Ebro, a unos sesenta kilómetros de Zaragoza. En su escudo figuraba un toro *de gules,* es decir, de color rojo, símbolo quizá de sus raíces ganaderas, pero sobre todo de la temible valentía de este clan de guerreros.

Orígenes españoles de los Borgia

El nacimiento, en 1378, de Alonso de Borja coincidió con el estallido del gran cisma de Occidente, suceso que constituyó una catástrofe para los creyentes. El 20 de septiembre de 1378, los cardenales rebelados contra el Papa Urbano VI, eligieron como pontífice a Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII y fijó la sede pontificia en la ciudad de Aviñón. Alonso llamó la atención, por sus cualidades personales, del sucesor de Clemente VII, el cardenal aragonés Pedro de Luna, convertido en 1394 en el Papa Benedicto XIII.

Protegido también por Vicente Ferrer, uno de los más activos partidarios del Papa aragonés, Alonso de Borja, fue nombrado canónigo de la venerable iglesia catedral de Lérida. Pero, mientras tanto, arreciaban los ataques contra el Papa de Aviñón, cuya legitimidad era crecientemente discutida, y así Benedicto XIII se vió obligado a retirarse al reino de Aragón.

Instalado en el palacio real de Barcelona, conservaba, sin embargo, la obediencia de varios países, y la muerte sin heredero directo del rey Martín, le llevó a ocuparse de la sucesión de la corona aragonesa. Su primera preocupación era sin duda que el príncipe elegido fuese favorable a sus pretensiones, para poder seguir disfrutando del refugio aragonés. Las Cortes de Cataluña, Valencia y Aragón nombraron una comisión de nueve compromisarios para que designaran al nuevo rey. Entre ellos estaban Vicente Ferrer y su hermano, el cartujo Bonifacio, fieles partidarios de Benedicto XIII. La comisión se reunió en el castillo de Caspe, y tras de un largo debate, el día 25 de junio de 1412, resultó elegido el infante castellano Fernando de Antequera, nieto del rey Pedro III de Aragón. Coronado con el nombre de Fernando I, apoyó sin reticencias al Papa exiliado en su reino y llenó de mercedes a los clérigos y juristas que habían propiciado su elección. Entre ellos estaba Alonso de Borja, que se convirtió en un habitual de la corte del nuevo rey y de la de su hijo, Alfonso V. El 23 de mayo de 1423, el intransigente anciano Benedicto XIII murió en su palacio fortificado de Peñíscola. Inmediatamente, tres de los cardenales recién nombrados por el difunto se reunieron en cónclave y eligieron Papa, el 10 de junio de 1423, a Gil Sánchez Muñoz, magistral de la catedral de Valencia, que tomó el nombre de Clemente VIII.

Seis años después, Alfonso V, que quería reconciliarse con el Pontífice de Roma, envió a Alonso de Borja a Peníscola para negociar la abdicación de Clemente VIII.

El primer Papa Borgia: Calixto III

El afortunado negociador, que consiguió acabar con el cisma, obtuvo el 20 de agosto de 1429 un suculento beneficio: el Papa romano, Martín V, de acuerdo con el rey aragonés, le hizo obispo de la rica diócesis de Valencia, vacante desde hacía dos años. El obispo de Valencia no escatimó apoyos a su rey, y le acompañó en la campaña de conquista del reino de Nápoles. El 12 de junio de 1442, cayó la capital del reino en manos de Alfonso V, y el obispo de Valencia se convirtió en el hombre clave de la reorganización administrativa, culminada con la institución del *Sacro Consiglio,* supremo tribunal de apelación de todos los tribunales de los reinos de la Coro-

San Vicente Ferrer, uno de los eclesiásticos que contribuyó al encumbramiento de los Borja (litografía de la Historia General de Valencia, *1878, copia del retablo del maestro del Grifo)*


TIMETE
DEVM · ET · DATE · ILLI · HONORE M QVIA · V
ENIT · HOR
VDIC

na de Alfonso: Aragón, Cataluña, Baleares, Cerdeña, Sicilia y, naturalmente, el recién adquirido de Nápoles. El 2 de mayo de 1444 fue nombrado cardenal.

Desde Roma, el cardenal Alonso de Borja se dedicó a procurar un dichoso porvenir terrenal a todos sus parientes, y en especial a sus sobrinos, legítimos herederos del clan Borja, o mejor dicho Borgia, como empezaba ya a escribirse su apellido, italianizándolo. La segunda hermana del cardenal, casada con Jofre de Borja y Oms, tenía dos hijos. Al morir el padre en 1441, don Alonso se había convertido en su tutor. El menor, Rodrigo, era un joven de buena presencia y aguda inteligencia, amante de la vida y los placeres. Tenía fama de ser tan apasionado como violento, y se decía que a los doce años había matado a puñaladas a otro adolescente, *de inferior condición.* Sordo a todos estos rumores, su tio le abrió las puertas a una brillante carrera eclesiástica. Empezó por concederle lucrativos beneficios, como el cargo de chantre de la catedral de Valencia, en 1445, cuando sólo tenía catorce años, y poco después el de sacristán o administrador del cabildo, encargado de la custodia de los ornamentos preciosos y de los vasos sagrados. Mientras tanto, el cardenal don Alonso proseguía su carrera de consejero del Papa Nicolás, al que sucedió, el 8 de abril de 1445, con el nombre de Calixto III.

No le extrañó en absoluto su exaltación al trono de San Pedro, a los 77 años, ya que le había sido profetizada por el dominico Vicente Ferrer. En realidad, su elección era debida en buena parte al prestigio y peso político de Alfonso V de Aragón, rey de Nápoles. La gloria de este soberano se hallaba en su apogeo en aquel momento y toda Italia reconocía su poder. El nuevo Papa quiso utilizar este poder para reconquistar las regiones cristianas que habían caído en manos de los turcos, instalados en Constantinopla en 1453. Tanto para movilizar a los romanos, como para poner fin a los desórdenes que perturbaban la ciudad, decidió como sus predecesores, confiar a sus parientes algunos cargos importantes. Llamó a sus sobrinos, e inmediatamente les confirió categoría principesca, aunque sin encargarles todavía funciones concretas. A Rodrigo le nombró, el 10 de mayo de 1455, a los ocho días de haber llegado a Roma, notario apostólico. El 3 de junio, le hizo también deán de la iglesia de Santa María de Játiva, otorgándole las rentas de varios curatos de la diócesis de Valencia. A Luis Juan de Mila, obispo de Segorbe, le dio, el 12 de junio de 1455, el gobierno de Bolonia, la ciudad más importante de los Estados pontificios. Por último, en un consistorio secreto, el 20 de febrero de 1456, hizo cardenales a sus dos sobrinos junto con el infante don Santiago de Portugal.

Pero para controlar Roma, la verdadera fortaleza de la Santa Sede era el Vaticano y su bastión avanzado, el castillo de Sant Angelo. En 1455, el hermano de Rodrigo Borgia, don Pedro Luis, siete años mayor que él, fue nombrado capitán general de la Iglesia y gobernador del castillo. En diciembre de 1456, el joven cardenal Rodrigo fue designado legado papal en la marca de Ancona, partiendo para su nuevo destino el 19 de enero siguiente. No tardó en recibir el lucrativo cargo de vicecanciller pontificio, el puesto más importante y fructífero de la curia, el que se encargaba de conceder las mercedes pontificias y recaudaba sustanciosas contribuciones con destino a las arcas papales. La mayoría de los cardenales aprobó la elevación de don Pedro Luis al cargo de prefecto de Roma, la más alta dignidad laica de la ciudad. El nombramiento tuvo lugar el 19 de agosto de 1457, y en esta ocasión Calixto III declaró que su sobrino era un verdadero italiano, tanto por sus ideas como por sus costumbres. Sin embargo, los sobrinos del Papa, que hacían gala de una increíble arrogancia con los italianos, despertaron la animadversión de los romanos, que provocaron múltiples incidentes con los numerosos parientes o amigos de los Borgia llegados de toda España, mientras el Pontífice se esforzaba en pacificar a Roma y a la Cristiandad para que todos los Estados pudieran participar en la Cruzada que pretendía lanzar contra los turcos. En Italia, sobre todo, se encontró con grandes dificultades: el turbulento *condottiero* Jacomo Piccinino, que se había visto forzado a dejar el Milanesado en la primavera de 1455, había entrado en el territorio de la república de Siena. El Papa tuvo que dirigir contra él las tropas que había preparado para luchar contra los turcos. Como el rey Alfonso de Aragón apoyaba a Piccinino, el Pontífice tuvo que vencer la hostilidad de su antiguo protector antes de poder enviar a Oriente una flota de veinticinco navíos con trescientos cañones, un millar de marinos y quinientos soldados. Los cristianos obtendrían allí varios triunfos.

Mahomet II, el sultán turco, asediaba Belgrado desde junio de 1456, con un ejército de ciento cincuenta mil hombres y trescientos cañones. Frente a él se encontraban los tres Juanes: Juan Hunyade, valeroso caudillo húnga-



Benedicto III, el papa Luna *(litografía de Serra para la* Historia Ilustrada de España, *de Castillo, siglo* XIX*)*

ro, y los dos enviados de Roma, Juan de Capistrano y el cardenal Juan Carvajal, legado pontificio. Hunyade consiguió romper el cerco y entrar en la plaza asediada el 14 de julio, obligando al sultán a levantar el asedio, siete días más tarde. Esta gran victoria quedó entristecida por el fallecimiento de Hunyade y Capistrano, a causa de una enfermedad, los días 11 de agosto y 23 de octubre, respectivamente.

El héroe nacional de Albania, Jorge Castriota, llamado Scanderberg, y a quien Calixto III había dado el sobrenombre de *Atleta de Cristo,* aniquiló en Tomornitza, en julio de 1457, al ejército dirigido por el jefe turco Isa Bey. Un mes más tarde, la flota pontificia, al mando de Scarampo, destruía a la escuadra turca en Metelin y se apoderaba de veinticinco navíos.

A comienzos del siguiente verano, en 1458, el rey Alfonso cayó gravemente enfermo y murió el 27 de junio. En cuanto se enteró de su desaparición, el Papa Calixto se apresuró a solucionar todas las cuestiones que estaban pendientes entre Roma y Nápoles. Aun siendo Papa, había conservado el cargo de obispo de Valencia, diócesis que le proporcionaba 18.000 ducados de renta. Encargó la administración de aquella sede a su sobrino, el cardenal Rodrigo, y la convirtió en arzobispado. Dio el obispado de Gerona a su datario Cósimo de Monferrato, y repartió otros beneficios aragoneses al cardenal Luis Juan y a otros miembros de la familia Borgia. Declaró también que el reino de Nápoles era una dependencia de la Iglesia y que el hijo natural de Alfonso, Ferrante, no podía heredar la corona.

Naturalmente, Ferrante no hizo el menor caso de las declaraciones papales y, convocando Cortes en Capua, pidió a sus barones que le ayudasen a defender el reino contra las inicuas pretensiones del Papa. A la muerte de Calixto, el 6 de agosto de 1458, la familia Borgia parecía estar irremediablemente enemistada con la casa real de Aragón.

Se hubiera dicho que de sus antiguos vínculos con el rey Alfonso no había obtenido más que ganancias ahora a punto de evaporarse.

Durante el verano, al saberse que el Papa estaba enfermo, la oposición que aguardaba en la curia a que llegase su hora, empezó a intrigar mientras se sucedían los alborotos en la ciudad. Una comisión del Sacro Colegio hizo ocupar el Capitolio por una tropa de doscientos hombres, al mando del arzobispo de Ragusa. Privado de sus cargos, don Pedro Luis se dio cuenta del peligro que corría en Roma, donde los Orsini se mostraban ansiosos de vengarse de él. Entregó a los cardenales todas las plazas fuertes que gobernaba, así como el castillo de Sant Angelo. Recibió a cambio 22.000 ducados, importe de un legado constituido en su favor por Calixto III, y devolvió por su parte a los cardenales el tesoro de la Iglesia, que importaba unos 120.000 ducados. Al alba del 6 de agosto, salió del castillo de Sant Angelo a caballo, en compañía de su hermano Rodrigo, que había tomado la precaución de disfrazarse, y del cardenal Pietro Barbo, que le había proporcionado una escolta de trescientos hombres de a caballo y otros doscientos infantes. La tropa llegó a la puerta de San Pablo. Una vez fuera de los muros de Roma, los cardenales Rodrigo de Borgia y Pietro Barbo se despidieron de don Pedro, tras de ordenar a los soldados que le dieran escolta hasta el puerto de Ostia. Pero la galera prometida no estaba en el puerto, y el fugitivo tuvo que meterse en una barca que le condujo a Civitavecchia, donde murió misteriosamente el 26 de septiembre.

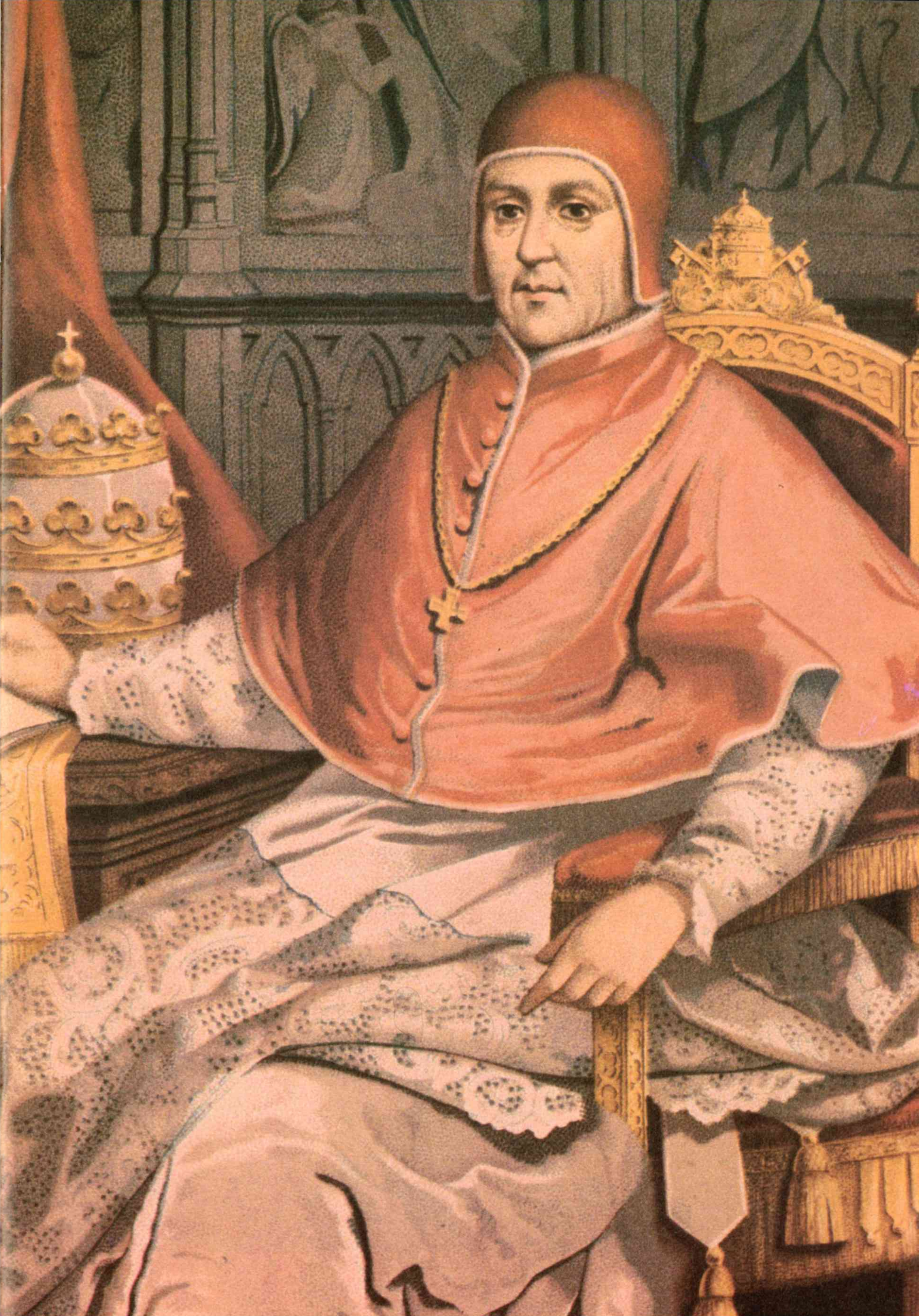
Cuando el cardenal Rodrigo volvió a Roma, se encontró con que la multitud estaba saqueando su palacio. Nada más conocerse la muerte del Papa, los disturbios se habían multiplicado, y los enemigos de los Borgia, especialmente los Orsini, manifestaban estrepitosamente su alegría. La mayoría de los catalanes, al igual que don Pedro Luis, había huido, y los rezagados hubieron de esconderse para preservar la vida. Las ciudades del Estado pontificio se sublevaron. Piccinino se apoderó de varias de ellas —como Asís— y puso sitio a Foligno, con la anuencia de Ferrante de Aragón.

Un ambicioso afortunado: el cardenal Rodrigo Borgia

El problema crucial para Rodrigo era la sucesión pontificia. El 16 de agosto, dieciocho cardenales se reunieron en cónclave, y Rodrigo consiguió propiciar la elección de un hábil diplomático, gracias al que pensaba seguir conservando su influencia en la corte pontificia: Eneas Silvio Piccolomini, que recibió el nombre de Pío II.

Rodrigo Borgia supo conservar el favor de

Calixto III, el primer papa Borgia (litografía de S. Pablo Pellicers, Historia General de Valencia, *siglo XIX)*



los dos Papas sucesivos, Pío II y Pablo II. Vivía como un príncipe laico y no ocultaba sus amoríos. El 9 de agosto de 1471, el cardenal franciscano Francesco della Rovere fue elevado al solio pontificio con el nombre de Sixto IV. Inmediatamente recompensó a los cardenales que habían favorecido su nombramiento, y Borgia recibió la opulenta abadía benedictina de Subiaco con carácter de encomienda, es decir, en usufructo.

El 30 de agosto, fue nombrado cardenal-obispo titular de Albano, una de las siete sedes sufragáneas de Roma. Pero antes de recibir esta dignidad tuvo que ordenarse, resignándose a hacer votos de castidad y celibato, que no le impidieron formar una pareja estable con una rica romana, propietaria de varias hosterías: Vannozza Cattanei.

El 23 de diciembre de 1471, el Papa Sixto nombró cinco legados *a latere,* encargados de convencer a las potencias cristianas de Europa para que se unieran a la cruzada. Rodrigo Borgia fue uno de ellos. Se dirigió a los reinos de Aragón y de Castilla y consiguió que participaran económicamente, aprovechando su estancia en Aragón para contribuir a la pa-

El tren de vida del cardenal Rodrigo Borgia

Durante los pontificados de su tío Calixto III y de su sucesor, el tren de vida del cardenal Rodrigo no le dejaba mucho tiempo para las prácticas devotas. Vivía en un marco suntuoso. Su palacio se elevaba, desde 1470, entre el castillo de Sant Angelo y el Campo dei Fiori; parte de él se ha conservado, pese a la apertura del Corso Vittorio Emmanuele en el siglo pasado, y hoy forma parte del palacio Sforza-Cesarini. En la imponente fachada se destacaba en aquellos tiempos el escudo del cardenal, dividido entre los Borgia y los Oms, sus antepasados por la rama materna: a un lado el toro de los Borgia y al otro, sobre fondo de oro, tres franjas de azur con palmas doradas.

El cardenal Ascanio Sforza, acostumbrado al fasto de las residencias ducales de Milán, quedó, sin embargo, impresionado por la riqueza del mobiliario de este palacio. El vicecanciller le hizo los honores de su residencia con ocasión de una cena en honor suyo, de Giuliano della Rovere y de otros dos cardenales. En el vestíbulo de acceso al palacio colgaban tapices que representaban temas históricos. En el centro del salón de recepción, cuyos muros estaban cubiertos por otros seis hermosos tapices, se alzaba un diván de raso grana, cubierto por un baldaquino. En un aparador se exhibían admirables piezas de orfebrería. El salón contiguo también estaba adornado con tapicerías, cubierto de alfombras de gran precio y contenía un diván de ceremonia con baldaquino de terciopelo azul. Había también otra sala aún más suntuosa, ocupada por un diván de brocado de oro, cubierto por un dosel dorado con rayas negras y cenefa de oro, y por una mesa cubierta de terciopelo azul rodeada de taburetes delicadamente tallados.

Jacobo de Volterra es también pródigo en alabanzas al describir esta residencia. *El cardenal* —escribe— *posee un palacio tan hermoso como agradable, que ha hecho construir a mitad de camino entre el puente de Sant Angelo y el Campo dei Fiori. Dispone de enormes rentas que proceden de numerosos beneficios eclesiásticos, de muchas abadías en Italia y en España y de los tres obispados de Valencia (18.000 ducados), de Porto (1.200 ducados) y de Cartagena (7.000 ducados). El puesto de vicecanciller le produce además 8.000 ducados anuales. Tiene gran cantidad de vajilla de plata, de perlas, de colgaduras y ornamentos de iglesia bordados de oro y de seda, así como libros sobre todas las ciencias, y todo de un lujo digno de un rey o de un Papa. Sin hablar de las innumerables joyas que adornan sus lechos, ni de sus caballos, ni de todos los objetos de oro, de plata y de seda que posee, ni de su guardarropa, tan variado como costoso, ni del oro que guarda en los cofres de su tesoro.*

Las rentas del cardenal superaban los 80.000 ducados y su prosperidad no hizo sino crecer durante los años que transcurrieron entre su retorno de España, adonde había ido como legado papal (1473) y la muerte del Papa Sixto IV (1484).

cificación del reino, al actuar como árbitro entre el monarca y sus súbditos de Barcelona.

Rodrigo marchó acto seguido a Castilla. El rey Enrique IV, llamado *el Impotente,* casado con Juana de Portugal, tenía por heredera una hija que llevaba el mismo nombre que su madre y que había nacido en 1462. Los enemigos del soberano atribuían la paternidad de la niña al favorito de la real pareja, don Beltrán de la Cueva, apodándola *La Beltraneja.* Esta supuesta bastardía de la infanta fue el pretexto que los nobles rebeldes contra el monarca tomaron para considerar a su hermana Isabel la única heredera legítima de la Corona. Para reforzar sus pretensiones, Isabel contrajo matrimonio con su primo Fernando, heredero del reino de Aragón, en 1469, siendo ambos aún menores de edad. Enrique IV no reconoció este matrimonio, contraído sin su consentimiento, y lo calificó públicamente de incestuoso, pues unía, sin dispensa del Papa, a dos

Sixto IV encumbró a Rodrigo Borgia hasta las más altas dignidades eclesiásticas y le colocó a las puertas del Papado. La pintura de Melozzo da Forli representa a Sixto IV en el momento de designar a Platina bibliotecario del Vaticano



parientes en grados prohibidos. Así, cuando el cardenal Borgia llegó a Castilla se estaba incubando una guerra civil en el reino.

Rodrigo, que se había encontrado ya con Isabel y Fernando, decidió favorecer sus ambiciosos proyectos y aconsejó a Sixto IV que regularizase su matrimonio, ofreciéndose a apadrinar a su primogénito, dando así un apoyo decisivo a Isabel contra *La Beltraneja.* A cambio, esperaba sustanciosas recompensas de la joven pareja, y no quedó decepcionado. Recibió, en el reino de Valencia, un feudo cercano a Játiva: la ciudad de Gandía, capital del ducado de su nombre, que se eleva en la vertiente opuesta de la sierra de Las Agujas, a poca distancia del mar y en medio de una fértil huerta.

La misión de Rodrigo fue considerada en Roma como un éxito: había pacificado a Castilla y Aragón, y conseguido que ambos reinos contribuyesen a la cruzada contra los turcos. Durante este pontificado, como en los precedentes, Rodrigo llevó así adelante, satisfactoria y simultáneamente, las intrigas de la política y del amor.

La fortuna le acompañaba en sus actividades como príncipe de la Iglesia, y también en su vida privada: este período es el de su feliz concubinato con la citada Vannozza Cattanei, la más duradera de sus amantes. Nacida en 1442, tenía una decena de años menos que Rodrigo.

En 1474, al regresar de su triunfal misión en España, el cardenal vicecanciller instaló a Vannozza en casa propia, en la plaza Pizzo di Merlo, muy cerca de su palacio. Aquel mismo año le dio un marido de edad respetable, Domenico d'Arignano, oficial de la Iglesia. Este matrimonio de conveniencia facilitaba los encuentros entre el cardenal y Vannozza, pues la joven esposa podía acompañar a su marido cuando éste despachaba diariamente con el vicecanciller. Al empezar los calores del verano, el cardenal y su séquito tomaban el camino de Subiaco.

Fue en este marco señorial y campestre donde, en 1475, Vannozza dio a luz un hijo, César. El niño era oficialmente fruto de legítimo matrimonio pero, muy poco después, Rodrigo Borgia reconoció su paternidad. Al año siguiente, 1476, vino al mundo otro hijo, Juan, cuando su madre estaba ya viuda. Luego vino el nacimiento de una hija, Lucrecia, producido en abril de 1480, en el castillo abacial de Subiaco. El cardenal Borgia decidió entonces regularizar de nuevo la situación de su amante, y aquel mismo año la casó con un milanés, Giorgio de Croce, secretario de Sixto IV.

En 1482, el cardenal reconoció a otro hijo —Gioffre o Jofre—, y luego las relaciones con su amante parecieron debilitarse, hasta el punto que el hijo que ésta dio a luz posteriormente, Octavio, lo era de su marido. El niño murió pronto, y Vannozza quedó viuda por segunda vez, en 1486. Volvió entonces a casarse con un ciudadano de Mantua, Carlo Canale, aportando al matrimonio una dote de dos mi florines.

Rodrigo, vigoroso cincuentón, era un padre atento y generoso con sus hijos naturales. En 1482, casó a su hija mayor, Jerónima, con un noble romano, Gian Andrea Cesarini, pero ella murió al año siguiente. El año 1483 se celebraron las bodas de Isabel con Pier Giovanni Matuzzi, noble vecino del barrio de Parione. Pedro Luis, por su parte, marchó a España, y participó en la guerra contra el reino musulmán de Granada. Luchó valientemente en el asedio de Ronda, en mayo de 1485, recibiendo del rey Fernando de Aragón el título de duque de Gandía y la promesa de la mano de doña María Enríquez, sobrina del rey; pero murió poco después en Civitavecchia, en agosto de 1488. Rodrigo concentró entonces todo su afecto en los hijos de Vannozza.

Tras la muerte de Sixto IV, en agosto de 1484, bajo el pontificado de su sucesor Inocencio VIII, Rodrigo Borgia tomó el partido del rey de Nápoles, contra Giuliano della Rovere. El Papa Inocencio estaba furioso contra Ferrante que, burlándose de él, le enviaba una robusta jaca blanca en lugar del tributo anual, en dinero contante y sonante, que debía a la Santa Sede. Así que reunió a sus cardenales para que le aconsejaran la política a seguir con el rey de Nápoles. Rodrigo era partidario de contemporizar, mientras Giuliano della Rovere aconsejaba una política severa, coincidiendo en esto con el cardenal Balue, representante del rey de Francia. Ambos incitaban al Papa a declarar la guerra a Ferrante.

El cardenal Borgia señaló, tras unas primeras operaciones infructuosas, que las tropas pontificias no podrían vencer a los napolitanos. Y en pleno consistorio, pidió solemnemente al Papa que rechazara la ayuda que el rey de Francia le había ofrecido para luchar contra Nápoles. Sorprendido desagradablemente por esta intervención, el cardenal Balue protestó enérgicamente y el tono de la discusión fue elevándose hasta llegar a los insultos. Rodrigo Borgia, cuya cortesía era sin embargo célebre, llegó a llamar insensato y borra-

cho al cardenal francés. Balue, fuera de sí, llamó a Borgia *judío, moro, marrano* —converso—, *hijo de p...* Los adversarios estuvieron a punto de llegar a las manos. Indignado, Inocencio VIII se levantó y puso fin al consistorio.

Sin embargo, los argumentos del cardenal Borgia le habían causado gran impresión y firmó la paz con el rey de Nápoles el 11 de agosto de 1486. De esta forma podía pensar de nuevo en la cruzada. Convenció mediante dinero a un príncipe turco, llamado Djem o Zizim, para que viniera a Roma, y le albergó en el Vaticano. El 3 de junio de 1490, Inocencio VIII descubrió sus planes al Sacro Colegio: Zizim capitanearía el ejército de los cruzados y así, tanto la población como las tropas que guardaban las fronteras del Imperio turco, se someterían fácilmente. Las contribuciones obtenidas en los diferentes reinos cristianos permitieron reunir importantes fuerzas: 15.000 jinetes y 80.000 infantes. Faltaba el general en

La ilustración, conocida como La Virgen de los Reyes Católicos, *muestra, a la izquierda, en pie, a Santo Tomás; arrodillados, Torquemada, el príncipe Juan y Fernando el Católico. A la derecha, Santo Domingo, Pedro Mártir de Anglena, la princesa Juana e Isabel la Católica.*



jefe, que llevaría el mando efectivo del ejército. Se pensó en Matías Corvino, rey de Hungría, pero éste murió repentinamente, el 6 de abril de 1490, de un ataque de apoplejía, a los 47 años de edad.

El gran proyecto de cruzada empezaba a hacer agua: varios candidatos se disputaban la dirección militar de la expedición, entre otros, Maximiliano, rey de los romanos, y Carlos VIII de Francia. Pero no todo eran malas noticias para la Cristiandad: el 2 de enero de 1492, Granada, capital del último reino musulmán de España, se entregaba a Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. La noticia llegó a Roma el 31 de enero, llenando de alegría al cardenal Borgia, que tenía el orgullo de haber contribuido a la victoria a través de su hijo mayor don Pedro Luis, que —como se apuntaba antes— se había distinguido en la campaña contra Granada, en el sitio de Ronda... Rodrigo asoció entonces a toda su familia a las acciones de gracias proclamadas por la Santa Sede, y organizó por su cuenta una corrida de toros en Roma.

Junto al cardenal vivían sus dos hijos, Juan, de dieciséis años, y César, de diecisiete, a quienes su padre preparaba una brillante carrera en tierras españolas. La muerte del hermano mayor, Pedro Luis, decidió el destino de Juan: sería su sucesor en el ducado de Gandía. César estaba ya encarrilado con buen provecho en la carrera eclesiástica y, según los planes de su padre, sería el encargado de consolidar el dominio familiar sobre la Iglesia. Era ya por entonces titular de numerosos beneficios eclesiásticos en España y, en septiembre de 1491, había sido nombrado obispo de Pamplona.

La elección de Alejando VI

Después de la muerte de Inocencio VIII, el 2 de julio de 1492, se reunió el cónclave y comenzaron los escrutinios, precedidos por el más desvergonzado mercadeo, donde los candidatos trataban de ganar votos a cambio de toda clase de promesas. Las que hizo Rodrigo Borgia debieron ser tan atractivas que consiguieron obtener la mayoría de los sufragios. Así se convirtió, el 11 de agosto de 1492, en el Papa Alejandro VI.

Y ciertamente se apresuró a pagar aquellas deudas: el 31 de agosto, en un consistorio —nos cuenta el maestro de ceremonias Burcard— se le vio *distribuir y dar sus bienes a los pobres.* Dichos *pobres* no eran sino sus

La educación de César

César recibió una educación esmerada. Estuvo en Roma hasta cumplir los doce años, y en 1488 fue a vivir a Perusa con su preceptor Giovanni Vera, originario de Valencia, que llegaría a ser arzobispo de Salerno y cardenal. En la Universidad de la Sapienza, hizo estudios de Derecho, pero se formó también en las Humanidades con profesores españoles. Uno de éstos fue Francisco Remolines de Ilerda, más tarde



gobernador de Roma y cardenal. Otro de estos doctos hombres, Paolo Pompilio, dedicó su tratado de poética y prosodia, la *Syllabica* a *César Borgia, protonotario de la Sede apostólica.* Durante esta estancia en Perusa, tuvo César varias aventuras galantes y asistió a un curioso torneo místico. Invitado por el prior de los dominicos, fray Sebastiano d'Angelo, César contempló los éxtasis de una joven religiosa, la hermana Colomba. El prior dudaba quizá de la autenticidad de estas manifestaciones, pero

no las veía mal, pues atraían a mucha gente a su iglesia. Pero la comunidad franciscana contraatacó exhibiendo a una joven estigmatizada, sor Lucía de Narni. Más tarde, en 1495, cuando Rodrigo, ya Papa, quiso examinar con espíritu escéptico los méritos de ambas candidatas a la santidad, César apoyó con su testimonio la sinceridad de sor Colomba.

De Perusa, el joven Borgia pasó a la Universidad de Pisa, donde siguió los cursos de teología de Filippo Decio. Allí coincidió con el joven cardenal Juan de Médicis que terminaba sus estudios. Allí también supo que Inocencio VIII le había otorgado, el 12 de septiembre de 1491, el obispado de Pamplona. Inmediatamente nombró a Martín Zapata, canónigo y tesorero de Toledo, administrador de su diócesis.

Así, tanto César como su hermano el duque de Gandía, se encontraban unidos por estrechos vínculos con la cuna de su familia. Su hermana Lucrecia estaba destinada en aquel momento, según los planes de su padre, a contraer matrimonio con un español. El 26 de febrero de 1491, cuando tenía sólo once años, el notario romano Camilo Peneimbene redactó su contrato matrimonial con don Cherubino Juan de Centelles, señor de Val d'Agora, en el reino de Valencia. Lucrecia hubiera debido ir a Valencia para celebrar la boda en un plazo de seis meses. Su dote era de 100.000 sueldos valencianos, parte de ellos en joyas y vestidos, y otra parte en metálico; en ella estaban comprendidos los 11.000 sueldos que, por motivos desconocidos, le había legado su hermano Pedro Luis, primer duque de Gandía. Pero, no sabemos por qué, este contrato se rompió dos meses más tarde, y la niña fue prometida en matrimonio a un adolescente de quince años, don Gaspar, hijo de Juan Francisco de Prócida, conde de Aversa, en el reino de Nápoles, que también era español y residía en Valencia.

Dada esta hispanidad de los Borgia, es lógico que la toma de Granada les llenara de gozo. El 1 de febrero de 1492 toda Roma fue iluminada, y se celebró una gran procesión de acción de gracias que, a pesar de la lluvia y el viento, se dirigió a la iglesia de Santiago de los Españoles, en la plaza Navona. Días después, el cardenal Rodrigo se encargaba de prolongar las fiestas oficiales, ofreciendo a los romanos cinco corridas de toros en un ruedo rodeado de tribunas, donde, en medio de toda la familia cardenalicia, destacaba Lucrecia, acompañada de Adriana de Mila y de Julia Farnesio.



Lucrecia Borgia, izquierda; *César Borgia,* arriba, *y su padre,* página siguiente, *el papa Alejandro VI (por Pinturicchio, Vaticano)*



electores, bien provistos de bienes materiales pero no por ello menos insaciables. Distribuyó entre ellos más de 80.000 ducados en forma de obispados, abadías y múltiples beneficios eclesiásticos, así como gran número de feudos, villas y castillos. La acusación de simonía que sus enemigos lanzarán más tarde contra él, estaba basada en el hecho de que el nuevo pontífice había prometido formalmente estos bienes, antes de su elección, a los que votaran por él. Sin embargo, era ésta un práctica que tenía bien poco de nueva y que había sido común en cónclaves precedentes. Parecía pues normal que el pontífice, ya en posesión de todo, entregase a sus antiguos colegas sus rentas cardenalicias.

El Papa, que desconfiaba del rey Ferrante de Nápoles, se alió con el partido milanés que le había apoyado, y decidió casar a su hija Lucrecia, de doce años de edad, con un miembro de la familia Sforza. El cardenal Ascanio Sforza propuso a su sobrino Giovanni, hijo bastardo de Constanzo Sforza, conde de Cotignola y señor de Pésaro, feudo pontificio situado en las fronteras de Romaña y las Marcas. El prometido tenía veintiséis años. Después de que el 2 de febrero de 1493 se celebrase el matrimonio por poderes, Lucrecia recibió a su marido y los suntuosos esponsales tuvieron lugar el 12 de junio.

Pero además se presentaba también entonces una coyuntura favorable para realizar la aplazada unión dinástica entre los Borgia y la casa real española. Alejandro VI, en uno de los primeros actos de su pontificado, otorgó el máximo relieve al extraordinario descubrimiento de tierras desconocidas realizado por los españoles, lo que iba a proporcionar unas insospechadas posibilidades para la implantación de la religión de Cristo. En marzo de 1493, Cristóbal Colón había regresado del nuevo mundo que acababa de descubrir: era un inesperado regalo para la Corona castellana, e indirectamente también para la de Aragón, pues Fernando se encontraba personalmente asociado en el ejercicio del poder con su esposa, la reina de Castilla. El 4 de mayo de 1493, con el fin de otorgar un reconocimiento oficial al descubrimiento y evitar las reivindicaciones de posibles rivales, Alejandro VI publicó solemnemente una bula delimitando los territorios respectivos de castellanos y portugueses, que rivalizaban desde hacía muchos años en la búsqueda del camino de las Indias Orientales.

Así es como Fernando e Isabel, gracias al Papa Borgia, fundamentaron sus derechos sobre el continente americano. Más tarde se produciría una sola modificación: el desplazamiento de la línea de demarcación unas 270 leguas hacia el oeste, por el tratado de Tordesillas de 7 de junio de 1494.

Fernando e Isabel habían recibido demasiados favores del Papa como para mostrarse ingratos para con el ocupante del Santo Solio: su embajador confirmó en su nombre la posesión del ducado de Gandía para el segundo hijo del Pontífice, Juan de Borgia, así como el permiso de los soberanos para que el nuevo duque contrajera matrimonio con la infanta María Enríquez.

La llegada de don Juan a Barcelona fue triunfal: el 24 de agosto de 1493 el heredero de la Corona, el infante don Juan, y toda la familia Enríquez recibían entusiasmados al vástago del Santo Padre.

Así es como se estableció, en la persona del duque de Gandía, un vínculo muy estrecho entre los Borgia y la casa real aragonesa. Este se reforzaría con otro vínculo paralelo, ahora con la rama aragonesa reinante en Nápoles. En julio de 1493, Ferrante, que buscaba garantías contra la intervención del rey francés Carlos VIII, casó a su hija bastarda Sancia con el menor de los Borgia, Gioffre.

El 14 de marzo de 1494, una embajada napolitana prestaba juramento de obediencia al Papa, en nombre del nuevo rey de Nápoles, Alfonso II, que acababa de suceder a su padre, Ferrante. El matrimonio entre Gioffre y Sancia se celebró poco después en Nápoles, el 11 de mayo. La casa Borgia había emparentado así con las dos ramas, la hispánica y la napolitana, de la dinastía de los reyes de Aragón.

En la primavera de 1494, Lucrecia hubo de abandonar el mundo dorado y alegre de la corte romana. El Pontífice había ordenado a su yerno Giovanni Sforza que marchase a Pésaro para preparar el ejército destinado a defender la Romaña, con la ayuda de los napolitanos, de la temida invasión francesa. Lucrecia partió acompañada por Giulia Farnesio, que era la nueva amante del Papa desde que éste se había alejado de Vannozza Cattanei.

La península italiana a sangre y fuego

El 2 de septiembre, Carlos VIII había pasado los Alpes, atravesando luego el Milanesado con ayuda de Ludovico *el Moro*. A finales de octubre el ejército de Nápoles se batía en retirada, abandonando la Romaña poco a poco. Pedro de Médicis entregó al rey francés



las plazas fuertes que protegían Toscana; Pisa se sublevó en favor de los franceses a primeros de noviembre, y Carlos VIII pudo entrar en Florencia. El 22 de noviembre publicaba un solemne manifiesto, en el que sostenía que el fin de su expedición a Nápoles era derrotar el poder de los turcos y liberar los Santos Lugares. En función de tan píos propósitos, exigía del Papa que le permitiera atravesar libremente los Estados pontificios. Alejandro VI hubo de aceptar, y Carlos anunció que entraría en Roma el 31 de diciembre.

En estos momentos, en que había perdido completamente el control de los acontecimientos, Alejandro dio muestras de gran serenidad: saliendo al paso de los señores franceses que invadían en desorden el Vaticano, les concedió el privilegio, poco frecuente, de que le besaran los pies el 5 de enero, en la celebración de la Epifanía. Sin embargo, aquel mismo día rechazó tres peticiones del rey de Francia: que sus tropas ocuparan el castillo de Sant Angelo, que se le entregase al príncipe turco Djem y que le acompañara César Borgia, como rehén. El Papa se encerró entonces en la fortaleza y se dispuso a resistir, pero diez días más tarde capitulaba, aunque sin otorgar a Carlos VIII el título de rey de Nápoles.

El cortejo real francés abandonó Roma, y el 29 de enero llegó a Velletri. César y el rey se instalaron en el palacio episcopal. Pero al día siguiente, el joven cardenal Borgia había desaparecido. Ayudado por uno de sus parientes que habitaba en la ciudad, se había escapado durante la noche, disfrazado de palafrenero. Así es como Carlos VIII se encontró sin el legado pontificio que debía coronarle, y hubo de continuar con la sola compañía del príncipe Djem.

Cuando el soberano entró en Capua, el hermano del sultán cabalgaba a su lado, pero apenas podía sostenerse en la montura, aquejado por fuertes dolores de cabeza y garganta. En los siguientes días su estado se agravó, y el dolor se extendió al pecho. Hubo que llevarle en litera durante las últimas etapas del camino: Aversa primero y luego Nápoles, donde Carlos VIII entró el 22 de febrero. Los médicos del rey no pudieron hacer nada contra la misteriosa enfermedad y el 25 de febrero, a los treinta y cinco años, Djem murió, seguramente de la neumonía subsiguiente a una bronquitis. Pero como siempre que moría un príncipe, todo el mundo habló de veneno. Así nació la leyenda del veneno de los Borgia.

Carlos VIII de Francia en una miniatura de Libro de Horas

Es indiscutible que la muerte de Djem beneficiaba indirectamente al Papa y a todos los que, en Italia, veían con hostilidad al rey de Francia. El monarca perdía ahora la mejor carta de que disponía para la cruzada, que pensaba emprender después de la conquista de Nápoles. Desaparecido el pretexto religioso, Alejandro VI se alió ahora con Venecia y Milán, dejando encerrado a Carlos VIII en el sur de la península, al cortar sus comunicaciones con la retaguardia de su ejército. Esta, al mando del duque de Orleans, había quedado en el Piamonte.

De esta forma, apenas instalado en Nápoles, se vio obligado el rey a emprender el regreso, mientras que en el camino que había de recorrer le esperaba el ejército de la nueva coalición encabezada por el Papa. Con todo, el 6 de julio la batalla de Fornoue no detuvo a los franceses, que lograron escapar del aniquilamiento. En Venecia y en Roma se celebró el encuentro como el anuncio de la definitiva retirada del invasor, multiplicándose una literatura polémica que ridiculizaba al rey de Francia y a sus soldados, acusándoles de todas las desgracias de Italia. Entre otras, de la propagación de la terrible enfermedad venérea —la sífilis— que, por el contrario, habían contraído casi todos los franceses durante su estancia en Nápoles.

Al año siguiente, Alejandro VI ayudó a los aragoneses a terminar de recuperar su reino. El jovencísimo Gioffre de Squillace no participó en el ejército que la liga antifrancesa había lanzado al asalto de las últimas plazas que conservaban los franceses en el reino de Nápoles. Pero Juan de Gandía, otro de los hijos del Papa, sí pudo tener parte en las fáciles ganancias obtenidas.

Su padre había planeado crear para el duque un principado a costa de los Orsini. En febrero de 1497 se dispuso a castigar a estos nobles, que habían abandonado al rey de Nápoles y favorecido así la invasión francesa. En septiembre, Juan fue nombrado legado del Patrimonio, es decir, gobernador de la vasta región al noroeste de Roma, donde se hallaban los principales feudos de los Orsini. El Papa le proporcionó un ejército recién formado con gran número de mercenarios. Cuando todo estuvo preparado, tuvo lugar en la basílica de San Pedro, el 26 de octubre, la ceremonia que convirtió a Juan en gonfaloniero de

la Iglesia y capitán general de las tropas pontificias. El duque Guidobaldo de Urbino, vasallo pontificio, tomó parte en la ceremonia y recibió también un bastón de mando; él sería el encargado de dirigir de forma efectiva las operaciones bélicas.

El ataque a los castillos de los Orsini fue un éxito, y rápidamente fueron tomados diez de ellos, pero el duque de Urbino cayó prisionero y Juan de Gandía quedó levemente herido, lo que llevó a Alejandro a poner fin a la contienda. El 5 de febrero, los Orsini recobraron sus fortalezas, salvo Anguillara y Cerveteri. El Papa asoció entonces al poco afortunado duque de Gandía con el general Gonzalo de Córdoba, enviado por los Reyes Católicos a Italia con el fin de liberar de los franceses el reino de Nápoles. El 21 de febrero, habiendo partido de Roma con seiscientos caballeros y mil infantes, Gonzalo de Córdoba puso sitio a Ostia, entregada a los franceses por el cardenal della Rovere. La campaña fue breve: el 15 de marzo, el general español regresaba a Roma llevando prisionero al comandante de la guarnición de Ostia, que había tenido que capitular. El duque de Gandía y su cuñado, Giovanni de Pésaro, ocuparon un lugar destacado en el desfile de las tropas victoriosas. El primero, de acuerdo con su padre, no tardó en ocupar el lugar que Gonzalo de Córdoba había conquistado con sus propios méritos.

El marido de Lucrecia, Giovanni de Pésaro, se encuentra ahora a disgusto en esta corte donde ya no significa nada: los Borgia ya no necesitan a los Sforza, y los desplantes de los hijos del Papa son cada vez más humillantes para el cuñado. La mañana del día de Pascua, Giovanni, completamente harto, huye a Pésaro, pues además comienza a temer por su vida. En efecto, César quería poner fin a la alianza con Milán, que garantizaba su cuñado. Lucrecia, privada de su esposo, va a refugiarse en el convento de San Sixto, cerca de la vía Appia. Eliminado su cuñado, César se siente, sin embargo, preterido ante las consideraciones que Alejandro VI manifiesta por su hermano, Juan de Gandía.

El 7 de junio de 1497, en un consistorio secreto, la ciudad de Benevento fue convertida en ducado, al que se unieron las villas de Terracina y Pontecorvo con sus respectivos condados. El nuevo feudo fue entregado a Juan de Gandía con derecho de sucesión. Aunque César votó afirmativamente con la mayoría de los cardenales, es fácil suponer su ira, al ver recompensar de forma tan extraordinaria a su hermano, carente de talento político o militar alguno. Al volver de un banquete que Vannozza había ofrecido a sus dos hijos, el 15 de junio de 1497, Juan cayó en una misteriosa emboscada. Numerosos indicios indicaban que el responsable había sido César, pero el Papa prefirió callar y dejarle marchar a Nápoles, donde tenía que coronar al nuevo rey, Federico.

César, legado pontificio, se exhibe entonces por las calles napolitanas al frente de trescientos hombres de a caballo. Esta espléndida cabalgata era el broche que cerraba una triunfal misión, brillantemente cumplida, a la que el Sacro Colegio rindió homenaje saliendo a recibirle a su regreso a Roma, el 6 de septiembre. Los cardenales escoltaron a su joven colega desde las puertas de la Ciudad Santa, y Alejandro VI convocó un consistorio para recibirle en el palacio apostólico. Aunque le dio el tradicional abrazo, no le dirigió la palabra; desacostumbrada frialdad que reflejaba su convicción de que César era culpable del asesinato de su hermano. El disgusto del Papa era tan grande que abandonó el Vaticano, como si no se sintiera seguro en la proximidad de su hijo.

Sin embargo, padre e hijo sí estaban de acuerdo en liquidar su alianza con los Sforza. Para romper el matrimonio de Lucrecia con Giovanni Sforza, alegando que no ha sido consumado, Alejandro VI escribe cartas llenas de amabilidad al fugitivo, y le ofrece la disolución del vínculo sin deshonra alguna para él. Giovanni tendrá sólo que reconocer que sufrió una momentánea deficiencia física provocada por un maleficio.

El yerno acaba por dejarse convencer, aceptando que el argumento sea examinado por los miembros de la comisión que instruye el proceso de divorcio. El 18 de noviembre de 1497, en el palacio de Pésaro, firmó, en presencia de numerosos testigos, el reconocimiento de su carencia conyugal. Pero durante este interminable proceso, Lucrecia se había enamorado de un joven camarero papal originario de España, Pedro Caldes o Calderón. Encinta de seis meses tuvo que participar en la ceremonia de anulación de su matrimonio con el conde de Pésaro.

César, que quiere casar a su hermana con Alfonso de Aragón, el hermano de Sancia, descubre pronto el estado de su hermana y

---

Lucrecia Borgia a los 17 años (detalle de un fresco de Pinturicchio, Vaticano)



su aventura. Ante su mismo padre, que trata de proteger a su oficial envolviéndole en su capa, el cardenal de Valencia golpea al joven español hasta matarle.

Oculta en el Vaticano y luego en el palacio de Santa María in Porticu, Lucrecia dio a luz a un niño. No se sabrá nada de él hasta que tres años más tarde, el 1 de septiembre de 1501, sea legitimado por Alejandro VI, pocos días antes de que Lucrecia salga de Roma hacia Ferrara. Dos bulas papales fueron necesarias para legitimar al niño y asegurarle las rentas dignas de un vástago de tan poderosa familia. En la primera —la única que se hizo pública— el Papa legitimaba al niño Juan, *infante romano,* y reconocía que era hijo de César y de una mujer soltera. La ayuda de César permitió así a Alejandro burlar las leyes canónicas que le prohibían reconocer a un bastardo nacido durante su pontificado.

Pero este documento no bastaba para asegurar al pequeño la posesión del ducado de Nepi, y por eso en la segunda bula, que debía permanecer secreta, se reconocía que el *infante romano* era en realidad hijo del Papa. De este modo el ducado, que le había sido otorgado por el Pontífice, se convertía en una propiedad tan indiscutible como las donaciones con que habían sido favorecidos César, Lucrecia y su hijo legítimo Rodrigo, nacido tras su unión con el duque de Bisceglie. Además, este reconocimiento trataba también de impedir que César, de quien su padre desconfiaba, se apoderase de los dominios del niño.

El discreto nacimiento del *infante romano* no había entorpecido las negociaciones del Papa y de César con la corte de Nápoles, con el fin de unir en matrimonio a Lucrecia y al príncipe Alfonso. Así, la ceremonia se celebró en el Vaticano, el 21 de julio. La política de Alejandro trataba de esta forma de impedir una nueva expedición francesa a Italia. También por ello quería que las autoridades florentinas eliminasen a Savonarola, que era uno de los más decididos partidarios del rey de Francia en la república toscana. En el momento mismo en que Lucrecia daba a luz a su hijo, Alejandro VI conseguía de Florencia la orden de ejecución del fraile. Pero después del nuevo matrimonio de su hija, el peligro francés empezó ya a alejarse: el nuevo rey, Luis XII, no pretendía más que apoderarse del Milanesado. Esta moderación hizo posible un nuevo cambio en la política pontificia, aproximándola ahora a los franceses.

Al subir al trono, a la muerte de Carlos VIII, el 7 de abril de 1498, el soberano francés se apresuró a notificar al Papa su coronación, haciéndole saber que tenía la intención de recuperar el feudo de sus antepasados Visconti: el Milanesado. Para conseguirlo, el rey francés precisaba de la aprobación del Pontífice. Además, su colaboración era indispensable para anular su matrimonio con Juana de Francia, la hija deforme de Luis XI, y recibir la dispensa que le permitiría contraer nuevas nupcias con Ana de Bretaña, viuda de Carlos VIII. A cambio de esta ayuda, el rey de Francia prometió a Alejandro VI su colaboración para que César pudiera contraer matrimonio con una mujer de sangre real, pues el Papa había decidido reducir a su hijo al estado laico. Esto se llevaría a cabo el 17 de agosto de 1498, cuando César fue nombrado por Luis XII duque de Valentinois, poniéndose inmediatamente en camino hacia la corte francesa.

La epopeya de César, duque de Valentinois

El hijo del Papa llegó a Chinon el 17 de diciembre, después de que el matrimonio de Luis XII hubiera sido anulado por un tribunal eclesiástico, y entregó al rey las bulas de dispensa. Alejandro VI había cumplido su parte del contrato, y Luis tenía ahora que corresponder propiciando el matrimonio de César. Alain de Albret, llamado *el Grande,* le ofreció la mano de su hija Carlota. Era duque de Guyena, y conde de Gaure y de Castres, y su esposa, Francisca de Bretaña, pariente de la reina Ana, condesa de Perigord, vizcondesa de Limoges y señora de Avesnes. El mayor de los ocho hijos del matrimonio era Juan de Albret, rey de Navarra desde 1494.

El 10 de mayo, en Blois, ambas partes procedieron a la firma del contrato de matrimonio, que se celebró y fue consumado el 12 de mayo. Con esta unión, la Santa Sede se sumaba a la alianza que, contra Ludovico Sforza, habían firmado dos meses antes Francia y Venecia. César era ahora el aliado predilecto del soberano francés y, formando parte del ejército de Luis XII, regresó a Italia. Este ejército se concentró, entre mayo y julio de 1499, en Asti; era una fuerza poderosa que contaba con 12.000 o 13.000 hombres de caballería, 17.000 infantes, franceses y suizos, y un impresionante parque de artillería.

César Borgia, uno de los personajes más turbulentos de la Italia renacentista





NON VTITV
RACVLEO
ITITVRACVLEO R

Cuando las noticias de esta nueva expedición francesa llegaron a Alfonso, el marido de Lucrecia, quedó aterrado; y pensando que, después de Milán, los franceses se dirigirían hacia Nápoles, huyó acompañado de su hermana Sancia. Para evitar que sus hijos se unieran a su cónyuges, o tuvieran al menos la tentación de hacerlo, Alejandro VI nombró a Lucrecia, que acababa de cumplir diecinueve años, gobernadora de Spoleto y de Foligno, el 8 de agosto. Este cargo no había sido desempeñado hasta aquel momento más que por cardenales o prelados. Para ayudarla en sus funciones hizo que la acompañase su hermano Gioffre, de diecisiete años, cuya educación política estaba por hacerse.

Lucrecia regresó a Roma en otoño, después de la victoria obtenida en Milán por Luis XII y su hermano César, que participó en la entrada triunfal del soberano francés en su calidad de duque de Valentinois. En la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre, Lucrecia dio a luz a un niño, a quien el Papa bautizó con el nombre de Rodrigo. Era su primer nieto legítimo, y pronto fue nombrado duque de Sermoneta, título dotado con las tierras conquistadas a unos señores feudales rebeldes, los Caetani.

Mientras tanto, César había conseguido que Luis XII pusiera a su disposición las tropas mandadas por Yves d'Alegre —1.800 jinetes, incluyendo las cien lanzas que llevaba César— y las de Antoine de Baissey, bailío de Dijon: 4.000 infantes suizos y gascones. En total, 16.000 hombres perfectamente entrenados. El Papa les proporcionó dinero y municiones en abundancia. Con este importante ejército, César avanzó, en septiembre, hacia la Romaña pontificia, a la que trataba de arrancar a los tiranuelos locales. Su objetivo era Imola; a unos 40 kilómetros de Bolonia, hacia el oeste —que arrebató a Catalina Sforza— y la cercana ciudad de Forli. Así pudo entrar en Roma para celebrar su propio triunfo. La cabalgata de honor tuvo lugar al principio del Año Santo (1500): era el triunfo del hombre que a partir de entonces sería conocido como duque de Valentinois y de las Romañas.

César tenía en aquel momento el apoyo de Francia, pero se habían enfriado sus relaciones con la dinastia aragonesa que reinaba en Nápoles y en España. En la misma Roma ambas potencias tenían a uno de los miembros de su familia dispuesto a enfrentarse con César: Alfonso de Aragón, duque de Bisceglia y esposo de su hermana Lucrecia. El duque de Valentinois decidió tomar la iniciativa: el 15 de julio de 1.500 preparó una emboscada contra Alfonso de Aragón. Pero el príncipe, aunque resultó herido, escapó a la muerte. Pero no por mucho tiempo, ya que un mes después moría estrangulado, en su lecho de convaleciente, por un criado de su cuñado.

Mientras Lucrecia se encerraba en su dolor de viuda y César pensaba utilizarla para una nueva alianza, proseguía la conquista de Romaña. Tomó Pésaro y Rímini, pasando el invierno en Cesena, convertida en capital de sus dominios. Más adelante, tras rendir a Faenza, firmó paces separadas con Bolonia y Florencia, y se apoderó, en los limites de Toscana, de la isla de Elba y de Piombino.

A continuación marchó contra Nápoles, participando con el grueso del ejército francés en el saqueo de Capua y en la expedición que expulsó al rey Federico de su reino: los Borgia habían invertido sus alianzas, abandonando a la casa de Aragón. El interés de César decidió ahora el nuevo matrimonio de Lucrecia. Instalado sólidamente en Romaña, necesitaba un vecino que le apoyase ante un posible ataque de los venecianos. Precisamente, el príncipe heredero del ducado de Ferrara, Alfonso de Este, hijo de Hércules I, estaba viudo. Tenía veinticuatro años y carecía de hijos; era un excelente partido para Lucrecia.

El contrato matrimonial se firmó en Roma, el 26 de agosto, y, el 1 de septiembre, se celebró el matrimonio por poderes en Ferrara, en el castillo de Belfiore. El año 1502 empezó con el recuento de los cien mil ducados en monedas de oro de la dote de Lucrecia. A fines de enero, la hija del Papa entraba en Ferrara; tres años después sería allí duquesa reinante. César, mientras tanto, proseguía su conquista de la Italia central. Tomó por sorpresa a Urbino, obligando a huir al duque Guidobaldo, sin que sirviera de nada a éste su alianza con la Santa Sede. Se apoderó a continuación de Camerino y, tras obtener la conformidad de Luis XII, marchó contra Bolonia para restablecer en ella los derechos y la autoridad del Papa.

Los boloñeses tomaron entonces las armas y se negaron a que su señor, Bentivoglio, marchase a Roma. Esta rebelión contra el Papa y su hijo les hubiese acarreado inmediatas represalias, si los condottieros de César se hubieran encontrado más cerca. Pero se hallaban a unos ciento cincuenta kilómetros de

---

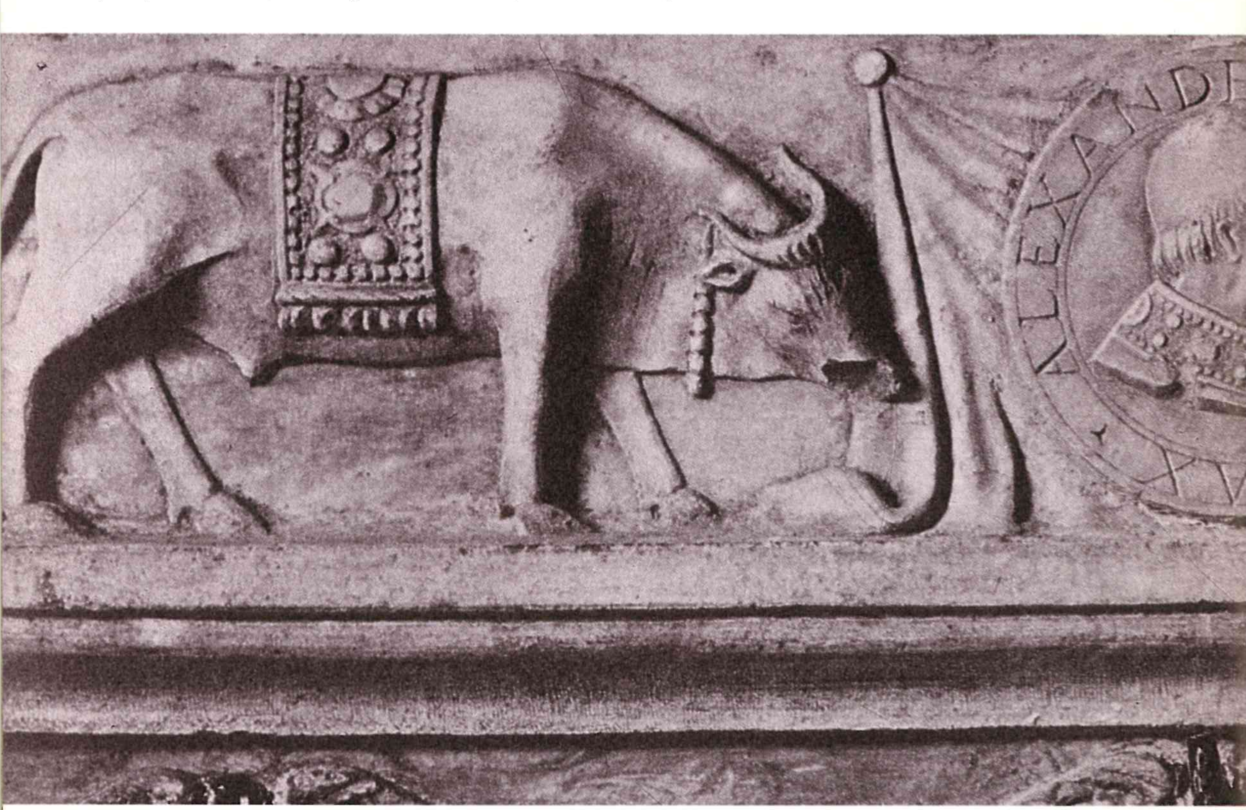
Luis XII de Francia parte hacia Italia (Biblioteca Nacional, París)

allí, en los alrededores de Perusa. Además, en cuanto llegaron a sus oídos las intenciones del Papa y del duque de Valentinois, manifestaron su desacuerdo en una reunión plenaria que celebraron en Magione, ciudad que pertenecía al cardenal Orsini, en la otra ribera del lago Trasimeno, a unos veinte kilómetros al oeste de Perusa.

La asamblea reunió a buen número de estos terribles *empresarios de la guerra.* Además de los Baglioni y de Vitelli —tan gravemente aquejado por el *mal francés* que tuvo que ir en litera—, estaban presentes los Orsini —el cardenal Giambattista, Francesco, duque de Gravina, Paolo y Franciotto—, Pandolfo Petrucci, de Siena —a quien César suponía el jefe de la conspiración— y el siniestro Oliveretto de Fermo. Se reunió luego con ellos Hermes Bentivoglio, un reputado asesino. Se alzaron en rebeldía contra su antiguo patrono, pero César logró hacer estallar su coalición y decidió tomar venganza.

Fingió la reconciliación y les encargó la conquista de algunas pequeñas villas. La primera sería Sinigaglia, que Giovanna de Montefeltro gobernaba en nombre de su hijo Francesco Maria della Rovere, sobrino de Guidobaldo de Urbino. En realidad, se trataba de una trampa; cuando estuvieron dentro de la ciudad, César la rodeó el 31 de diciembre de 1502, matándoles o haciéndoles prisioneros.

Restablecido de nuevo su poder en Romaña, se preparó Valentinois para ir a Nápoles, donde los franceses le reclamaban. Pero la fortuna, que tanto le había acompañado, le volvió la espalda. Tras un banquete, en que había acompañado a su padre, murió el Papa el 18 de agosto, y César, enfermo hasta el punto de tener que guardar cama, vio cómo se le escapaba de las manos el poder temporal de Roma, del que había querido apoderarse.

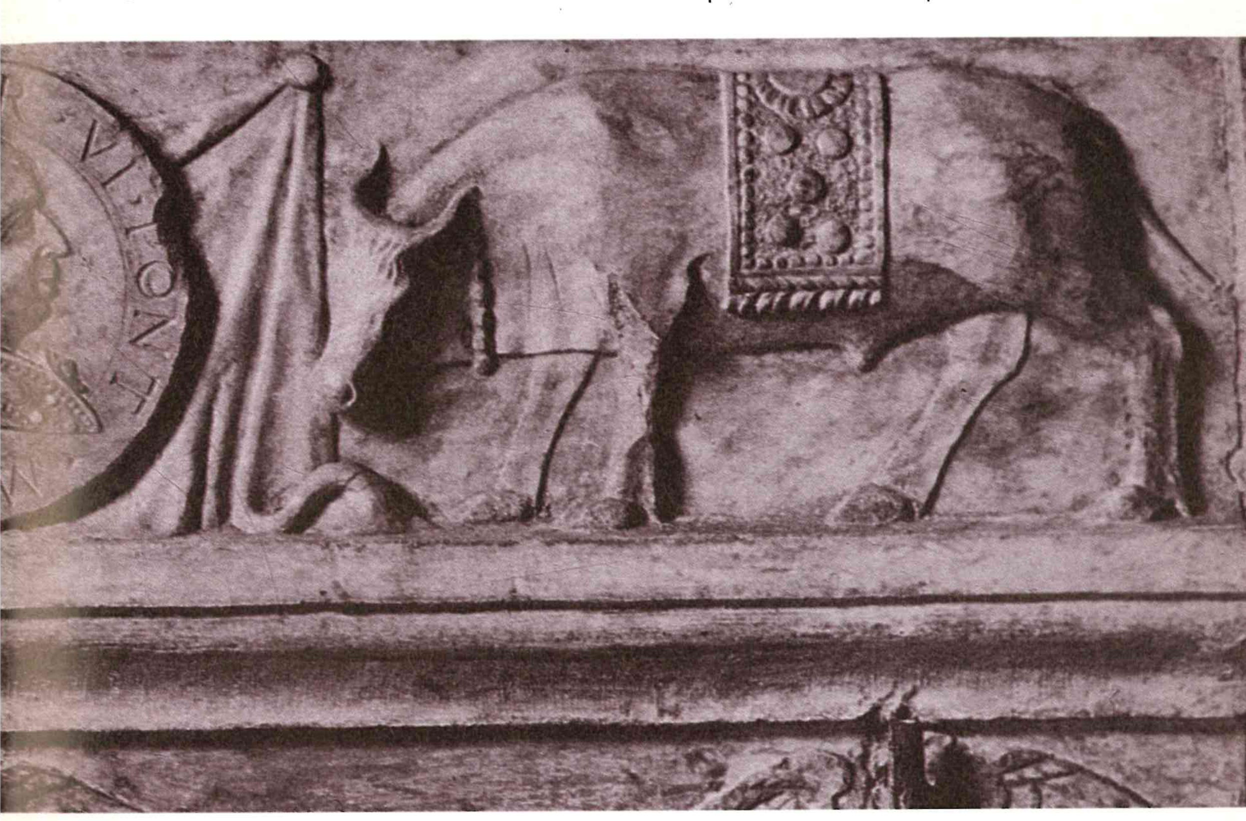


Después del pontificado de Pío III, que duró sólo veintisiete días, Giuliano della Rovere, el peor enemigo de los Borgia, se convirtió en el Papa Julio II. Inmediatamente se dispuso a recuperar la Romaña en manos de César, junto con algunas plazas usurpadas por los venecianos. César fue apresado en noviembre de 1503, enviado a Nápoles en 1504 y de allí a España, siempre en calidad de prisionero. Logró escaparse de Medina del Campo, en octubre de 1506, y se refugió en Navarra, donde reinaba su cuñado Juan de Albret. Este le

nombró capitán general de sus ejércitos y le envió a luchar contra el conde de Beaumont. Ocupaba éste la fortaleza de Viana, y el rey Juan y César, apoyándose en la ciudad, que había permanecido fiel al monarca, trataron de recuperar el castillo.

Fue ante sus muros donde el hijo del Papa encontró la muerte, en marzo de 1507. Su hermana Lucrecia, duquesa de Ferrara, le había apoyado durante este triste período de su vida, interviniendo sin cesar para conseguir su libertad. Después del fallecimiento de su hermano, desempeñó un importante papel político, dirigiendo, en sustitución de su marido Alfonso, la resistencia contra los ataques de Julio II, el *Papa terrible* que buscaba la ruina de Ferrara. A su muerte quedó el recuerdo de su valor y piedad, al igual que sucedió con el nieto del duque asesinado, Juan de Gandía.

Mientras que, con el apellido de los Este de Ferrara, los hijos de Lucrecia, resucitaban en Italia el esplendor mundano de los Borgia, la rama española de su estirpe ofrecía, en prodigiosa metamorfosis, un modelo de las virtudes cristianas en una familia de la más alta nobleza, ya en el alba de los tiempos modernos.



Alejandro VI encuadrado por los toros del escudo de los Borgia

La descendencia del duque asesinado

La viuda del asesinado duque de Gandía, doña María Enríquez, prima carnal del rey Fernando de Aragón, se recluyó en las devociones al morir su marido. Su suegro, el Papa, a petición suya, erigió en colegiata la gran iglesia que se elevaba al pie del castillo ducal. Desde 1499, fecha de la bula papal, a 1507, la duquesa transformó el santuario en un piadoso memorial de los Borgia. El edificio tenía cinco tramos de longitud, y se le añadieron otros tantos para acoger el coro de los canónigos. En el dintel de la puerta principal figuraban las armas de los Borgia y los Enríquez. En el interior, los frisos y las claves de las bóvedas estaban ornadas por el toro Borgia y la doble corona de cinco radios, idéntica a la de los apartamentos del Vaticano. La tiara papal coronaba el escudo de Alejandro VI.

El Papa donó a la colegiata numerosas reliquias. Las más insignes estaban contenidas en un soberbio relicario de plata dorada y esmaltada, donde se veían angelotes, niños músicos y delfines: en un disco de cristal, una espina de la corona de Cristo se encontraba entre un trozo de su túnica y otro de su mortaja. Era una discreta alusión a la trágica muerte del duque, al igual que otro precioso relicario que contenía un fragmento de la verdadera cruz. Las otras reliquias eran una mano de Santa Ana, otra de Santa Martina, un pulgar de San Erasmo, un busto de San Sebastián y, por último, un díptico de plata dorada con veintidós compartimentos llenos de restos de diversos bienaventurados.



La duquesa encargó también cuadros religiosos para el oratorio de su castillo. Se cree que uno de aquellos era el que se encuentra actualmente en el Colegio del Patriarca, en Valencia, representando la intercesión de la Virgen en favor de la víctima de un atentado: María, rodeada por Santo Domingo y Santa Catalina de Siena, se encuentra por encima de los tres hermanos Borgia, el duque Juan, César y Jofre. La duquesa encargó esta obra cuando, después de la detención de César Borgia, trataba de hacerle juzgar por el asesinato de su hermano.

Se supone que el duque Juan de Gandía es el hombre que, coronado de rosas como un bienaventurado, está de rodillas ante la Virgen, que le ofrece la rosa roja del martirio. Tras él, su asesino blande un enorme cuchillo con rostro feroz.

Quizás acababa de ser pintado este cuadro cuando se produjo la evasión del duque de Valentinois. Aunque en aquel momento no tenía más que veintiocho años, la duquesa renunció a continuar un proceso ya inútil contra su cuñado, y se dedicó con mayor ímpetu a sus devociones. Apenas salía de su castillo de Gandía, que era como la capital de un pequeño reino situado entre la sierra y el mar. Había vendido todos los bienes de su marido en Italia, obteniendo unos 82.000 ducados de oro. Estas riquezas, incrementadas por las rentas de sus tierras, admirablemente cultivadas por los campesinos moriscos, fueron a parar casi enteramente a manos de su hijo, llamado Juan como su padre. Cuando éste contrajo matrimonio, la duquesa se retiró al convento de las Clarisas de Gandía en 1509.

El tercer duque de Gandía era también un hombre muy religioso. Su devoción al Santísimo Sacramento era tanta que cuando encontraba a un sacerdote que llevaba la eucaristía a un enfermo, se apartaba de su camino y le acompañaba para asistir a la comunión del afligido.

Su matrimonio con la hija bastarda del arzobispo de Zaragoza, nieta natural del rey Fernando el Católico, fue muy prolífico. El 28 de octubre de 1510, después de un año de matrimonio, nació el primogénito, que fue bautizado con el nombre de Francisco, en honor de San Francisco de Asís, a quien su madre había invocado en el momento del parto.

Francisco, heredero del ducado, manifestó desde su niñez tanta afición por la religión, que incluso a sus piadosos padres les pareció excesiva.

El joven se convirtió en un perfecto cortesano, pero se encontraba constantemente preo-



El duque de Gandía, San Francisco de Borja, renuncia a la corte (litografía de la Historia de España, *de Morayta)*

cupado por extraños escrúpulos. Su señor, Carlos V, estaba en guerra contra el Papa Clemente VII, y era de buen tono en la corte denunciar los escándalos de la vida romana, recordando de paso los tiempos de Alejandro VI. Pero Francisco de Gandía no podía soportar la idea de que la venganza divina castigase a la Ciudad Eterna por mano de su rey.

En aquel año de 1527, los soldados de Carlos V tomaron Roma por asalto. Muchos de ellos, luteranos, consideraban al Papa como el Anticristo. Hubo iglesias saqueadas, sacerdotes asesinados, monjas violadas, y si el Pontífice conservó la vida es porque pudo refugiarse en el castillo de Sant Angelo.

Estos excesos tan dolorosos tanto por sus víctimas, como por quien fue tenido por el causante —el emperador Carlos, defensor natural de la Cristiandad—, turbaron profundamente la conciencia del joven Francisco de Gandía. Llegó a persuadirse de que los pecados del mundo —y las secuelas de las faltas de su familia— eran la verdadera causa de lo sucedido. Un encuentro casual le hizo entonces entrever el rostro del hombre que le iba a ayudar a recobrar la paz de su conciencia: Ignacio de Loyola.

Después de numerosas peripecias marcadas por la trágica muerte de la emperatriz Isa-


Madrid

Mariano Téllez Girón, el último de los Borgia (litografía de J. J. Martínez, Madrid, siglo XIX)

bel y la de su propia esposa, en las que vio sendos avisos del cielo, el heredero de los Borgia entró en la reciente orden jesuítica en 1551, convirtiéndose en el tercer general de la Compañía en 1565. Tras su muerte, en 1572, su cuerpo fue trasladado a la iglesia del Gesú, de Roma, pero no estuvo allí por mucho tiempo. A instancias del duque de Lerma, primer ministro del rey Felipe III de España y nieto del padre Francisco de Borgia, y a petición del cardenal Gaspar de Borgia, embajador de España, el cadáver, a excepción de uno de los brazos que se dejó en aquella iglesia romana, fue enviado a Madrid.

Beatificado por Urbano VIII el 21 de noviembre de 1624, su cuerpo fue expuesto en la magnífica iglesia madrileña construida por su nieto, el cardenal-duque.

Cuarenta y siete años después, ante el flujo de testimonios de intercesiones milagrosas debidas a la intervención del beato, el Pontífice reinante, Clemente X, procedió, el 11 de abril de 1671, a su canonización. Su fiesta, fijada en el día 3 de octubre, celebra, —según dice textualmente el Martirologío romano-a *San Francisco Borgia, general de la Compañía de Jesús, ilustre por la austeridad de su vida, por el don de la oración, por las dignidades del siglo a las que renunció y por las de la Iglesia, a las que rehusó.*

Después de esta glorificación de la estirpe de los Borgia, la rama descendiente del asesinado duque de Gandía brilló aún durante cierto tiempo entre las altas dignidades laicas y religiosas. Virreinatos y cardenalatos esmaltan la serie de grandes de España que finalizó en don Mariano Téllez-Girón, muerto el 2 de junio de 1882 sin descendencia. Este señor reunía entonces en su persona tres principados, ocho ducados, diez marquesados, dieciséis condados, un vizcondado y multitud de órdenes de caballería. Era también diez veces grande de España de primera clase. Pero aún subsisten en la actualidad algunas familias de las ramas colaterales de los Borgia, como si quisieran atestiguar con su permanencia la extraordinaria vitalidad de la sangre de aquellos aventureros de alto linaje que, salidos del reino de Valencia, hace seiscientos años, llamaron la atención del mundo por sus hazañas.

Bibliografía

Para una visión general, puede consultarse la obra de Ivan Cloulas, *Les Borgia,* ed. Fayard, Paris, 1987. Traducción española: *Los Borgia,* ed. Javier Vergara, Buenos Aires, 1988. En cuanto a la historia de los Papas, el monumental estudio de Ludwig von Pastor, *Gesichte des Papste seit dem Ausgang des Mittelalters.* Nueva edición, Freiburg-Brisgau, 1901-1920 (T. 1 a 8). Para la historia de los Borgia en España: F. Bertaux, *Les Borgia dans le royaume de Valence,* Paris, 1911; Miquel Batllori, *La correspondencia d'Alexandre VI amb els seus familiars i amb els Reis Catolicos,* en *Actes du Cinquième Congres d'Histoire de la Couronne d'Aragon,* vol. 2, p. 307-313; Charles Yriarte, *César Borgia, sa vie, sa captivité, sa mort,* 2 vol. Paris, 1889; *Autour des Borgia,* París, 1891.

Las relaciones entre historia familiar y acontecimientos políticos han sido bien explicadas por L. Collison-Morley, *Histoire des Borgia,* trad. francesa, Paris, 1934. Se encuentra un eco de las leyendas sobre la familia Borgia y su apasionada refutación en Frederic Rolfe, barón Corvo, *Chronicles of the house of Borgia,* London, 1901.

Sobre Lucrecia Borgia, Maria Bellonci, *Lucrezia Borgia,* Milano, 1970, no dispensa de acudir a F. Gregorovius, *Lucrezia Borgia,* Stuttgart, 1874.

Sobre los personajes eclesiásticos de la familia: José Sanchís Sivera; *El cardenal Rodrigo de Borja en Valencia,* Madrid, 1924; *El obispo de Valencia, Don Alfonso de Borja* (Calixto III), Madrid, 1926; G. Soranzo, *Studi intorno a Papa Alessandro VI Borgia,* Milano, 1950; P. Suau, *Histoire de saint François de Borgia,* Paris, 1910.

Sobre César Borgia, modelo de Maquiavelo: R. Guerdan, *César Borgia, le «Prince» de Machiavel,* Paris, 1974.

Entre las fuentes más accesibles figuran *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo. Peter de Roo ha publicado un abundante material: *Los Borjas de la leyenda ante la crítica histórica. Material para una historia del Papa Alejandro VI, sus deudos y su tiempo,* Valencia, 1952. El diario del maestro de ceremonias Jean Burckard fue publicado por L. Thuasne, en París, 1883-1885; y por E. Celani, en Città di Castello, 1910-1911. Hay también numerosas ediciones de la *Historia de Italia* de Francesco Guicciardini (por ejemplo en Milán, 1975). Puede verse también el estado actual de las fuentes en I. Cloulas, obra citada, edición francesa.



Savonarola en la hoguera, condenado por Alejandro VI

Los Borgia

Textos

CUADERNOS
historia 16

El veneno de los Borgia

La primera vez que se mencionó el veneno de los Borgia fue con ocasión de la muerte del príncipe turco Djem. Según cuenta el maestro de ceremonias, Burckart, Djem tomó *un alimento o una bebida que no convenía a su estómago y al que no estaba acostumbrado.* No cabe una fórmula más discreta de la hipótesis del envenenamiento. Para el historiógrafo veneciano Marino Sanudo, el cadáver presentaba signos inequívocos de veneno. Pero, aunque se hace eco de rumores, como el de que *el Papa entregó al rey el príncipe ya envenenado,* añade a continuación que es ésta una *acusación poco digna de fe, porque el primer perjudicado (por la muerte del príncipe) hubiera sido el Papa.* Es cierto que resulta difícil descubrir en qué beneficiaba al Papa aquella muerte, pues perdía los 40.000 ducados de renta anual que Bayaceto II pagaba como pensión de su hermano. Sin embargo, los enemigos de Alejandro VI recordaron oportunamente que, en las cartas dirigidas al Pontífice por el sultán, en el otoño de 1494, éste le ofrecía 300.000 ducados si eliminaba a Djem. Aunque no exista ningún rastro de una transferencia tan importante de dinero, resulta sospechoso que más tarde Alejandro tratase de que Bayaceto pagara a cambio del cadáver de su hermano. Los turcos también creyeron en el envenenamiento: el cronista Seadeddin suponía que un barbero le había inoculado el veneno del Papa con una navaja de afeitar.

Así es como empezó a construirse un enorme edificio de calumnias contra los Borgia. Si sus contemporáneos se limitaron a murmurar, estas acusaciones fueron tomando más incremento entre sus sucesores.

En el siglo siguiente, el historiador italiano Paul Jove se pronunciaba así acerca del envenenamiento: *La opinión general era que el Papa, tanto por su odio hacia el rey de Francia como por cobrar la recompensa que le había ofrecido el sultán, había mezclado unos polvos venenosos en el azúcar que el príncipe turco añadía a todas sus bebidas. Se trataba de un polvo blanquísimo, de sabor agradable, que no oprimía súbitamente los espíritus vitales como los venenos de hoy, sino que se deslizaba lentamente en las venas, conduciendo finalmente a la muerte al cabo de bastante tiempo.*

Guicciardini lanza la misma acusación, añadiendo que el carácter criminal del Pontífice hacía verosímil semejante asesinato. Según él, el veneno empleado habría sido el arsénico o el polvo de cantárida, obtenido de unos pequeños escarabajos secos. La cantárida que, tomada en pequeñas dosis, tiene un efecto afrodisíaco, en dosis medias es capaz de provocar lesiones internas de carácter mortal. Sobre bases tan hipotéticas se construyó la leyenda del veneno de los Borgia, cuya fortuna literaria ha sido verdaderamente excepcional...

El asesinato de Juan de Gandía

ESTE famoso episodio de la historia de los Borgia nos es conocido por los relatos de Burckart y de otros autores. Vanozza Cattanei había invitado a sus hijos César y Juan, la noche del 14 de junio, a su viña del Esquilino, cerca de San Pedro ad Vincula. Las mesas del banquete se dispusieron sobre los toneles mismos. Se reunieron allít todos los amigos de los Borgia. El cardenal César había venido acompañado de su primo Juan, cardenal-arzobispo de Monreale. Vannozza, todavía bella, soberbiamente ataviada y cubierta de joyas, presidía llena de alegría la fiesta nocturna. Su intención era conseguir, al final de ésta, una franca reconciliación entre sus dos hijos. Durante la fiesta se vio que un hombre enmascarado de-

cía algo al oído a Juan de Gandía, desapareciendo luego. Nadie se inquietó, pues todos habían visto a aquel misterioso personaje acompañar al duque, cuando iba a alguna cita galante.

Ya muy tarde, los dos hermanos y el cardenal Juan de Borgia emprendieron a lomo de sus mulas el camino del Vaticano, separándose cerca del palacio que había ocupado su padre cuando era vicecanciller. Los cardenales César y Juan continuaron su camino hacia el puente de Sant Angelo; Juan de Gandía les dijo que quería pasear a solas en busca de calma. Acompañado solamente por un escudero, se internó por una estrecha callejuela que desembocaba en la plaza de los Judíos. El enmascarado que había hablado con él en el parral de Vanozza, estaba allí esperándole y montó en la grupa de su caballo. Juan dejó a su escudero en la plaza, advirtiéndole que si dentro de una hora no había regresado, se fuera solo al palacio.

Al siguiente día, 15 de junio, los servidores del duque vieron que su señor no había vuelto y advirtieron al Papa. Alejandro pensó, como ellos, que Juan habría pasado la noche en compañía de alguna bella romana y que no se habría atrevido a salir en pleno día de la casa de su amante, para evitar comentarios perjudiciales para su padre. Pero transcurrió todo el día sin que el duque reapareciese, y al caer la noche, el Papa empezó a alarmarse seriamente. *Conmovido hasta el fondo de sus entrañas,* como escribe Burckard, dio orden a la policía, al mando del senador de Roma, de registrar toda la ciudad. La misteriosa desaparición empezó a comentarse por las calles, y los burgueses prefirieron cerrar a piedra y lodo las puertas de sus casas. Todo el mundo comentaba que se trataba de un atentado de los enemigos de la familia Borgia. Las tropas españolas recorrían las calles con las espadas desenvainadas. Los Orsini y los Colonna tomaron las armas a su vez. Los servidores de la justicia encontraron finalmente al escudero del duque, pero estaba gravemente herido y no pudo dar ninguna información. Más tarde, hallaron también la mula que cabalgaba don Juan; los estribos estaban torcidos, como si se hubiera tirado violentamente de ellos. Ya al atardecer, un testigo importante se presentó a la justicia. Se trataba de un tal Giorgio Schiavino, que había pasado la noche en una barca amarrada a la orilla del Tíber, cerca del hospital de San Jerónimo de los Esclavones, para vigilar un cargamento de madera.

El 16 de junio, hacia las cinco de la mañana, había visto a dos hombres que salían silenciosamente de la calle que bordeaba el hospital, miraban en torno y desaparecían. Luego, vinieron otros dos hombres que después de tomar las mismas precauciones hicieron señas a alguien que venía detrás. De la calleja salió un jinete montado en un caballo blanco que llevaba un cadáver atravesado en la silla; la cabeza y los brazos colgaban de uno de los lados y las piernas del otro. Cuando llegaron a la orilla del río, cerca del vertedero de los carros de la basura, los hombres de a pie cogieron el cuerpo y lo lanzaron con todas sus fuerzas a la corriente. El jinete les preguntó entonces si el cadáver se había hundido y ellos respondieron: *Sí, monseñor.* El jinete avanzó hasta la orilla y como viera que la capa del muerto flotaba sobre el agua, les ordenó que arrojasen piedras encima hasta que se hundiera. Luego partió todo el grupo, incluidos los dos hombres que habían aparecido al principio y que estuvieron vigilando mientras se hundía el cadáver.

Cuando terminaron de tomar nota de aquel testimonio tan decisivo, preguntaron al hombre por qué no había acudido antes a la justicia: respondió que había visto arrojar por aquel mismo sitio, de noche, más de cien cadáveres sin que nadie se preocupara, y que por eso no había prestado más atención a aquél que a los anteriores.

Los detalles que había dado el testigo hicieron pensar que se trataba de una pista seria, y se buscaron pescadores y nadadores para que trataran de recuperar el cuerpo, prometiendo diez ducados de recompensa al que lo consiguiera. Se presentaron trescientos hombres. Unos se sumergieron en el río, mientras otros dragaban el fondo con redes. Hacia la hora de vísperas, salía del agua el cadáver: era el del duque. Llevaba aún su capa de terciopelo, sus calzas y su jubón; conservaba también las espuelas y en su cinturón el puñal y los guantes. En su bolsa había treinta ducados, lo que demostraba que no le habían asesinado para robarle. A juzgar por las heridas había sido atacado por varios hombres: tenía nueve puñaladas, ocho en el torso y una en la garganta, mortal de necesidad. Cargaron su cuerpo en una barca para llevarle al castillo de Sant Angelo, donde el colega de Burckart, Bernardino Guttieri, le lavó y le vistió con el uniforme de capital general de la Iglesia. Acudió el Papa a ver a su hijo y estalló en sollozos. Sus lamentos se escuchaban desde el puente de Sant Angelo. Como escribe Burckart, se dolía sobre todo de que su querido hijo hubiera sido arrojado al río en el lugar donde se tiraba la basura. Cuando regresó al Vaticano, se encerró en sus habitaciones, no quiso recibir a nadie y se negó a comer durante tres días. Pero este espectáculo del Padre de la Cristiandad llorando a su hijo llenó de alegría a los enemigos de la familia Borgia. En los medios más cultivados circularon los crueles versos de Sannazaro

Ahora sí que creemos, Sixto,
Que pescador de hombres seas.
Pues a tu hijo has sacado en tus redes

Sobreponiéndose a su dolor, el Papa dio órdenes de que se hicieran al duque los más solemnes funerales. La noche misma del trágico descubrimiento, el cadáver fue colocado sobre unas angarillas y llevado a lo largo del Tíber hasta la iglesia de Santa María dei Popolo, en medio de un cortejo de doscientas antorchas, honor verdaderamente excepcional, pues no se solían encender más de veinte en las ceremonias fúnebres. Todos los prelados palatinos, los chambelanes y escuderos del Papa le acompañaban, en desorden y llorando estruendosamente. El pueblo se acercaba, curioso, para ver el rostro descubierto del joven príncipe que, a la oscilante luz de la antorchas, parecía más dormido que muerto. Durante todo el recorrido, los soldados españoles cubrían la carrera con las espadas desenvainadas. No se sabe si en señal de duelo, o por temor, los tenderos cerraron sus comercios al paso de la comitiva fúnebre. El cuerpo fue inhumado en la capilla de Santa Lucía, que Vanozza, la madre del duque, que la destinaba a su propia sepultura, había mandado a Pinturicchio adornar con frescos.

Alejandro VI y Savonarola

EL austero religioso florentino que había denunciado vigorosamente los abusos de la corte romana solicitó el perdón del soberano Pontífice, el 13 de octubre de 1497, ante el efecto que produjo en él el dolor de Alejandro por el asesinato del duque de Gandía.

Lo mismo que un niño, que afligido por la cólera de su padre, busca todos los medios para apaciguarle y no desespera de verle compasivo, sintiendo más que cualquier desgracia que Vuestra Santidad me ha negado su gracia, me prosterno una vez más a sus pies,

suplicándole que escuche por fin mis gritos de dolor y que no permita por más tiempo que yo siga separado del seno de la Iglesia.

Pero este acto de sumisión no bastaba al Papa, que pretendía sacar de él un provecho político. Por eso, antes de absolver a Savonarola por su rebeldía, exigió que Florencia entrase en la liga antifrancesa que unía a Roma y Venecia, para hacer frente a la amenaza de la nueva expedición que Carlos VIII parecía disponerse a enviar a Italia.

Cuando se dio cuenta de que era objeto de tal cambalache en detrimento del rey de Francia al que era fiel, el religioso florentino se rebeló de nuevo. Desdeñando las prohibiciones canónicas, subió al púlpito el 11 de febrero de 1498, para emprender una batalla que creyó decisiva. Bajo las bóvedas de la catedral, pidió solemnemente a Jesucristo que eligiera entre él y el Pontífice. La mayoría de los miembros de la Señoría florentina apoyó a su predicador y rechazó las condiciones que Roma quería imponerles. Savonarola encendió el ánimo de sus conciudadanos: *Los breves de Roma me llaman «hijo de perdición». ¡Oh Señores, responded esto: El que llamáis de esa manera no mantiene ni mozuelos ni concubinas y no se ocupa más que de predicar la doctrina de Cristo, mientras Vos os dedicáis a corromperla.* Desde el púlpito de San Marcos continuó sus ataques ante una numerosa asistencia en la que se encontraba Nicolás Maquiavelo, atraído por la curiosidad y, en aquel momento, muy escéptico sobre el resultado de la lucha emprendida por su ciudad contra el Papa Borgia. En Roma, ante el consistorio, Alejandro VI había encargado al predicador Mariano de Genazzano una durísima requisitoria contra Savonarola, al que llamó, entre otras lindezas, *judiazo borracho.* El Papa dictó a continuación un breve lanzando el interdicto contra Florencia. Ante este proceder, Savonarola escribió a todos los príncipes europeos invitándoles a reunir un concilio que depusiera al indigno Pontífice. Alejandro contestó haciendo su breve inmediatamente ejecutorio, y el 17 de marzo promulgó solemnemente el interdicto. A continuación, mandó detener a los mercaderes florentinos que residían en Roma y se incautó de sus mercancías. Fueron unas medidas de un resultado inmediato, pues los negociantes florentinos cambiaron de bando y en la Señoría los enemigos del religioso fueron mayoritarios. Estallaron de nuevo las disputas entre dominicos y franciscanos, pues éstos se adhirieron con vehemencia al partido de los Borgia. El hermano Francesco di Puglia proclamó, el 25 de marzo, que estaba dispuesto a sufrir la prueba del fuego para demostrar que Dios reprobaba las doctrinas austeras y represivas de Savonarola. El dominico Domenico de Pascia aceptó el desafío. Los enemigos declarados del religioso se dieron cuenta inmediatamente de que esta pelea de frailes les iba a ofrecer una ocasión inesperada para desembarazarse de fray Jerónimo.

La mayoría de la Señoría, que era ya hostil al prior de San Marcos, aceptó que se organizase la ordalía o juicio de Dios por el fuego. La prueba tendría lugar el 7 de abril. Los dos campeones, el hermano Domenico, que representaba a Savonarola, y el hermano Giuliano Rondinelli, delegado por los franciscanos, tenían que recorrer un estrado elevado en la plaza de la Señoría, de una longitud de cincuenta brazas y una anchura de diez. Haces de leña seca, impregnados de resina y de pólvora, se extendían a uno y otro lado de un pasillo central de una braza de ancho. Los dos religiosos entrarían al mismo tiempo en el corredor por los extremos opuestos cuando ya la leña estuviera ardiendo. Diversas discusiones sobre detalles de procedimiento retrasaron el comienzo de la prueba, y en el preciso

momento en que iba a comenzar ésta, una lluvia providencial impidió la bárbara ceremonia. Savonarola se retiró a San Marcos con sus religiosos. Al día siguiente, 8 de abril, domingo de Ramos, el populacho, azuzado por los enemigos del fraile, se lanzó al asalto del convento de los dominicos. La Señoría no intervino y a continuación dictó una orden de detención contra Savonarola, acusándole de haber perturbado el orden público. El hermano Domenico y el hermano Silvestre, confidente del prior, fueron encarcelados con él, interrogados y torturados. El suplicio de la estrapada desgarró los músculos de Savonarola y le rompió el brazo izquierdo. Incapaz de resistir los dolores firmó todo lo que sus enemigos le pusieron delante. El Papa no se opuso a aquellos procedimientos, a pesar de que el derecho canónico prohibía el interrogatorio y procesamiento de los clérigos sin la autorización pontífica. El 12 de abril, el Santo Padre envió a los florentinos una bula de felicitación acompañada de indulgencia plenaria. El Papa acababa de conocer la muerte de Carlos VIII que había protegido durante mucho tiempo al dominico: tenía ya las manos libres para vengarse. Después del proceso civil, ordenó que Savonarola sufriese un proceso religioso, al que envió como representante de la Santa Sede al general de los dominicos, Giovacchino Turiano, y al gobernador de Roma, el español Francisco Remolines, experto en argucias jurídicas.

El 20 de mayo, estos jueces iniciaron sus interrogatorios infligiendo a los religiosos nuevos suplicios por orden de su señor: querían conocer los nombres de los cardenales y dignatarios eclesiásticos que les habían instigado a pedir a los príncipes cristianos la deposición de Alejandro VI. Al no conseguir ninguna información, obligaron a Savonarola a renegar de sus profecías. Finalmente fue sentenciado junto con sus compañeros a la degradación eclesiástica, entregándolos como herejes y cismáticos a las autoridades seculares que ya los habían condenado a muerte.

Ante la desolación de sus devotos, los tres dominicos fueron conducidos al suplicio. Sus últimos instantes estuvieron llenos de gran patetismo. Delante del palacio de la Señoría, Benedetto Pagnotti, obispo de Vaison, antiguo religioso de San Marcos, degradó a Savonarola: *Yo te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante.* El fraile le corrigió en voz baja: *Sólo de la militante. Lo demás no está a tu alcance.* A continuación los tres religiosos fueron ahorcados, a las diez de la mañana del 23 de mayo de 1498, víspera de la Ascensión.

Asesinato de Alfonso de Aragón, segundo marido de Lucrecia Borgia

EL miércoles 15 de julio, tres horas después de la puesta del sol, según el relato de Francesco Capello, secretario florentino, Alfonso atravesaba la plaza de San Pedro para ir a su casa de Santa María in Porticu, cuando un grupo de hombres armados le cerró el paso. El joven y sus dos escuderos, huyendo de la banda de espadachines, se refugiaron en la *loggia* de la basílica, donde los rodearon sus atacantes. El duque cayó lleno de heridas en la cabeza, los brazos y las piernas. Los malhechores, que le creyeron muerto, se dieron a la fuga, reuniéndose con unos cuarenta jinetes que les esperaban en una de las esquinas de la plaza. Todos juntos se alejaron a galope en dirección a la Porta Portese. El duque, moribundo, fue transportado al Vaticano por sus servidores, que habían sobrevivido, y puesto en manos de Lucrecia que había ido, con Sancia y Gioffre, a cuidar del Papa Alejandro. Lucrecia, profundamente conmovida, veló noche y día, junto a Sancia, a su marido en la torre

Borgia. Las dos jóvenes estaban seguras de la culpabilidad de César, que tenía muchas razones para odiar a su cuñado. Recientemente se habían enfrentado en una violenta disputa, y el marido de Lucrecia, según el embajador veneciano Capello, había disparado con una ballesta contra César en los jardines del Vaticano.

Para desviar las sospechas, sin embargo, el duque de Valentinois hizo correr el rumor de que los autores de la emboscada eran los Orsini y, en su calidad de capitán general de la Iglesia, dictó un decreto prohibiendo llevar armas entre el castillo de Sant Angelo y el Vaticano. Pero estas maniobras no convencieron a nadie, y menos a las mujeres que cuidaban del herido. Consiguieron que el Papa, que seguía en cama, ordenase que una guardia de dieciséis hombres vigilara constantemente las habitaciones del duque e hicieron venir médicos de Nápoles; por miedo al veneno, ellas mismas se encargaban de la comida del herido. Así, amorosamente cuidado por su esposa, el duque de Bisceglia se recuperaba rápidamente. Tal como iban las cosas no tardaría en abandonar la cama. Es entonces cuando César le hizo una visita. Como si quisiera reconciliarse con él, se inclinó a su oído y le dijo: *Lo que no se hizo a la hora de la comida, se hará a la hora de la cena.* Estas extrañas palabras llegaron a oídos del embajador de Venecia, Paolo Capello, que no tardó en ponerlas en conocimiento del Papa. ¿No significaban a la vez el reconocimiento del crimen fallido y el anuncio de un próximo intento? El Pontífice se negó a creer tales insinuaciones: su hijo le había asegurado que no tenía nada que ver con el atentado y él creía en su palabra. Sin embargo, añadió, que *si hubiera decidido castigar a su cuñado, éste se lo tenía bien merecido.* Para Alejandro, César es siempre quien tiene razón; él sabe muy bien cuál es la impetuosidad de su yerno y a qué locuras le conduce; juzga muy severamente su comportamiento, lo mismo que el de su hermana Sancia. Además, coincide con el duque de Valentinois en que los aragoneses de Nápoles, que están a punto de ser expulsados de su reino por los franceses, no son más que un lastre para los Borgia, cuyos intereses están ahora estrechamente unidos a la fortuna de Luis XII. Dándose cuenta de que su padre estaba de acuerdo con él, César se prepara a llevar a cabo el asesinato y sin que esta vez hubiera fallo alguno.

El martes 18 de agosto, escribe sobriamente Burckart, *como don Alfonso parecía negarse a morir de sus heridas, fue estrangulado en su cama.* Los enviados veneciano y florentino son más explícitos. Sus relatos, coincidentes, son escalofriantes. El duque de Valentinois entró a toda prisa en la habitación del enfermo hacia el final de la tarde. Hizo salir a todo el mundo, Lucrecia, Sancia y a los criados, y ordenó al jefe de sus matones, Michelotto Corella, que estrangulase al duque. Más tarde, reinando Julio II, el siniestro ejecutor confesó bajo la tortura que Alejandro VI había dado la orden de asesinar al duque don Alfonso. Pero esta confesión, que parecía tener por único fin descargar de responsabilidad a César Borgia, no resulta muy digna de crédito.

Dos opiniones sobre los Borgia: Maquiavelo y la carta de Savelli

PARA Nicolás Maquiavelo, secretario de la segunda cancillería de la República florentina, César Borgia es el modelo del príncipe que se eleva gracias a su fuerza de voluntad. *Todo aquel que, habiéndose elevado recientemente al principado, piense que debe de precaverse de sus enemigos, conseguir el afecto de sus amigos, vencer tanto por la fuerza como por la astucia; inspirar al pueblo el cariño y el miedo, hacerse seguir y respetar por los soldados;*

aniquilar a cuantos puedan y tengan motivos para perjudicarle; sustituir las viejas instituciones por otras de nuevo cuño; ser al mismo tiempo severo y generoso, magnánimo y liberal; formar una nueva milicia y disolver la antigua; procurar la amistad de los reyes y príncipes de tal forma que todos tengan interés en mantener buenas relaciones con él y teman ofenderle; el príncipe que se halle en estas condiciones, en mi opinión, no hallará ejemplos más útiles que los que puede encontrar en la vida política del duque de Valentinois.

Según Burckart, gracias al que conocemos el texto de la *carta a Savelli,* este feroz panfleto contra los Borgia fue impreso en Alemania y entregado al Papa por su perverso consejero, el cardenal de Módena, Giambattista Ferrari. Burckart la incluye en su diario a finales de 1501, y la fecha de la carta es del 25 de octubre de ese año. Aparenta haber sido enviada, desde el campamento que Gonzalo de Córdoba había establecido en Tarento, a un noble romano que había buscado refugio en la corte del emperador Maximiliano. Algunos historiadores han supuesto, sin embargo, que el verdadero autor del panfleto era un miembro de la familia Colonna. El texto, redactado en un estilo apasionado, recoge la mayoría de los reproches y calumnias que corrían por Roma desde hacía años, con el objeto de disuadir a Savelli, uno de los grandes barones romanos, de pedir reparación por los perjuicios y agravios que había sufrido. Es inútil, se le dice, que se dirija al Papa, que es un hombre *cuya vida, marcada por violaciones y latrocinios, se ha dedicado íntegramente a engañar a todos.*

El corresponsal de Savelli piensa que se debe informar al emperador de los abominables crímenes del Pontífice. Ha llegado el tiempo del Anticristo. *Es imposible imaginar un enemigo más declarado de Dios que este Papa. El menor de sus pecados es el de traficar con los bienes de la Iglesia, ayudado en esto por el cardenal de Módena, que, como Cerbero a la puerta de los Infiernos, ladra a todos los que se presentan, pidiéndoles sin el menor rubor el dinero que llevan encima.* Alejandro ha ensangrentado el Vaticano con el asesinato de Alfonso de Aragón y el del chambelán Perotto Caldes. El palacio apostólico ha sido teatro de violaciones, de incestos y de infames sevicias contra adolescentes y muchachas. El corresponsal de Savelli cita el festín escandaloso de las cortesanas y el espectáculo de la cópula de garañones y yeguas en el patio del Vaticano. Los ataques contra César son tan feroces como los dirigidos contra su padre. *Es tan cruel y tan perverso como él.* Se le acusa de haber arrasado toda una comarca, de acuerdo con el Papa que repartió los bienes confiscados entre sus hijos y nietos incestuosos.

César es el dueño absoluto, y no tiene límite en la satisfacción de sus pasiones. Vive rodeado de rameras, al modo de los turcos, bien protegido por su escolta armada. Siguiendo sus órdenes, sus hombres han asesinado, herido, arrojado el Tíber, envenenado, arruinado. Son gente ebria de sangre humana.